
LÁGRIMAS DE
QUETZALCÓATL
TOLMARHER.COM

Table of Contents

Lágrimas de Quetzalcóatl

Un tiempo para la pasión, el amor y la guerra.

El nacimiento de una raza y de una nación

TOLMARHER

TÍTULO Y REGISTRO

Lágrimas de Quetzalcóatl

Contenido

1. El Capellán

Gómara (Soria) España, 1565

El anciano capellán, encorvado y cojo, avanzó inseguro por la entarimada estancia. La sala estaba saturada de libros apolillados y pergaminos polvorientos. A cada paso crujían las tablas del suelo, pues andaban ya gastadas y carcomidas.

Tras el viejo, que iba embutido bajo un grueso hábito y sobre éste, un sayo de piel curtida, entró su sobrino; Pedro Ruiz, el mozo iba presuroso y portando penosamente los hatos de escribano; papel, tinta y otros instrumentos prestos para el dictado.

- Haz hueco en el escritorio, muchacho. – Dijo el anciano ensimismado con la mirada perdida tras la ventana franqueada de negros barrotes, que hacían aún más sombría aquella buhardilla sembrada de tinieblas y antiguos recuerdos.

-

El muchacho iba algo nervioso y sin mucho cuidado, movió libros y otros cachivaches de la superficie de la mesa de manera torpe, provocando que algunos cayeran al suelo, pero el viejo ni se inmutó… tenía la mente en otro lado, muy lejos de aquel lugar y de aquel tiempo.

Desde aquella ventana se podría divisar la ribera del río Rituerto y la sombra del castillo que años antes los cristianos habían arrebatado a los musulmanes. Gómara era ahora una villa repleta de vida y prosperidad levantada sobre la ruina de los vencidos moriscos y había quien se atrevía a afirmar que, con el tiempo, el rey la nombraría Condado.

Aquí, el anciano capellán había empezado su vida, Francisco López se llamaba y aquí, estaba seguro de que la terminaría, no tardando mucho, tal vez…

Atrás quedaban sus años de seminarista en Alcalá de Henares y posteriormente de catedrático de retórica… Parecía ahora todo tan

lejano. Como sus años en Roma al servicio de embajadores en la corte del Papa y después, algunos años más en Venecia al servicio del hijo del conde de Tendilla, Don Hurtado de Mendoza, embajador de su majestad Imperial Carlos I.

Ahora los cielos sorianos se teñían de un gris melancólico y la mente del viejo paseaba lejos, repasando toda una vida de servicio de aquí a allá… Como cuando se enroló en la milicia y partió a Argel para luchar contra los piratas Otomanos, donde participó en la gran batalla de Spezzia, y fue allí en ese terrible encuentro, combatiendo al infiel musulmán de la raza quizás más aguerrida y belicosa, donde Francisco López conoció a su gran amigo, el capitán Hernán Cortés bajo cuyo fiel servicio pasaría no pocos años…

- ¿Y a quién quiere vuestra merced que dirija la carta? – Preguntó finalmente el muchacho.
- A Don Martín Cortés Zúñiga, Marqués del Valle de Oaxaca… - Francisco tosió levemente y luego se aclaró la voz carraspeando, hacía frío.
- ¿Os referís al hijo del capitán Cortés?
- Al mismo… Moja la pluma y escribe muchacho, y deja ya de preguntar tanto… que mi tiempo se agota.
- Empezar pues, tío… - le respondió el chico con impaciencia y cansado de los reproches del anciano.
- Estimado Don Martín Cortés. Nadie debe atribuirse la herencia por la épica Conquista de esa tierra rica y próspera que hoy llamamos Nueva España. No es mérito de nadie, salvo de vuestra estirpe, pues vos sois hijo del que la conquistó. Para que así, como vos heredasteis el cuidado de este reino, obtengáis también la leyenda de su conquista. Esta herencia os apremia a andar los pasos que dio vuestro padre. – El anciano respiró hondo y tras toser levemente, recuperó el aliento antes de continuar - Pues no tiene menor honra conservar todo lo ganado, que el hecho en sí de ganarlo y según se dice; dividir lo ganado entre la progenie reduce las haciendas y por tanto la nobleza y es éste, el final de todos los reinos, ya sean perdidos por la fuerza o la desidia y es por esto, que os ofrezco este regalo, dado que la historia muchas veces perdura más allá de los reinos.
- Hermosas palabras tío – Apuntó el infante… pero el capellán no le hizo caso y continuó.

- Mucho se hizo en la tierra de los aztecas y mucho queda aún por hacer. Aquella gesta de lo realizado debe guardarse en la memoria de todo el género humano. Pues muchos grandes reinos fueron vencidos y sus ciudadanos convertidos a la Fe de Cristo, poniendo fin a su pagana afición por la sangre y los sacrificios humanos, a su apetito por la sodomía y a su antropófaga saña por la carne de sus semejantes. Pues ciertamente y en la ciudad de Tenochtitlán y otras capitales del imperio azteca, podían llegar a sacrificarse mil almas en un solo día de festejos y a todo esto, puso fin vuestro padre. - Sacado de sus cábalas, el capellán se volvió un instante a su sobrino, para cerciorarse de que lo anotaba todo y no siguió hasta estar seguro - No hay que olvidar, la prisión de Moctezuma y la toma de su colosal capital. Recordemos el derribo de sus templos, la posterior caída de sus ídolos sangrientos y la consecuente reconstrucción y encumbramiento que, entre toda aquella maldad, la voluntad de nuestro Señor, sobrepuso su sed de justicia y bendiciones para con sus amados y devotos hijos.

> Por todo ello, pongo mi libro en vuestras manos y en él, narro las grandiosas gestas de vuestro amado padre, pues con él, he tratado que la memoria perdure y con la memoria, el recuerdo de sus glorias y grandes hazañas.

- ¿Eso es todo?
- Nada más quiero decirle.
- ¿Le enviáis vuestro libro? – El muchacho parecía sorprendido - Tío, aún no me habéis dejado leerlo, ni tampoco contado la historia, ¿Cómo conquistó México el capitán Cortés?
- ¿No lo he hecho? joven Pedro. Un delito imperdonable y más ahora que me muero de viejo…
- ¿Os morís tío? – El chico se alarmó.
- Sí Pedro… me muero, es ley de vida, pero no debes entristecerte muchacho. Las cosas son como deben ser, sin olvidar que mi vida ha sido larga y satisfactoria…
- Lo sé tío…, pero no quiero perderos aún, sabéis que os estimo y os agradezco todo lo que me habéis enseñado.
- Gracias muchacho.
- Gracias a vos. – El chico le devolvió una sonrisa triste, que ablandó el corazón del curtido capellán.
- Te contaré lo que quieres saber.

El capellán volvió a toser, esta vez mucho más fuerte, pero no se

detuvo - Te hablaré del capitán y todo lo que me contaron a mí, él y sus hombres, te narraré acerca de su gesta asombrosa y única, pero antes, prepara la carta e introdúcela en un cofre junto con la copia de mi libro… Luego llévala a donde convinimos, para que sea embarcada a su destino.

- ¿Y la historia?
- Esta noche, a la luz de la lumbre de la chimenea en el gran salón, cuando el resto de la familia esté durmiendo, te la contaré… vente descansado, pues es una historia larga y llena de sorpresas y descubrimientos. Una gran historia diría yo…, una historia que habla de hombres valientes y de sacrificio, pero también de traición, crueldad, sentimiento y tristeza… Pues la historia del capitán, es la historia de la conquista de Nueva España.

2. La Profecía

Tenochtitlán, 1509

La luz del cometa iluminaba el alba; encendiendo la imaginación y los temores del pueblo, como una rasgadura fulgurante e inmaculada en el firmamento estrellado.

El Uei Tlatoani Moctezuma era el más alto noble del Imperio azteca, ostentado el título de Cihuacóatl… Era un dignatario irreal a caballo entre un dios y un rey, difícil de trasladar a otras mentalidades fuera de su tiempo y espacio. Tan sólo darse el lujo de mirar su rostro, podría representar una sentencia a la muerte más atroz. Nadie podía sobresaltar la majestad del emperador y nadie dentro y fuera de las fronteras de su imperio se atrevía a hacerlo.

Los nobles aztecas tenían por costumbre evitar destacar ante la presencia de Moctezuma y cuando eran objeto de audiencia, habían de ataviarse de harapos y pobres vestiduras, con el objeto de no destacar ante la sublime presencia de su señor.

Allí donde fuera Moctezuma se barrían avenidas, puentes y entradas, a pesar de que lo normal era que se trasladara en litera… pero si por ventura había de poner pie en tierra, lo común era que se tendieran maravillosas alfombras y telares para evitar el contacto de su divina sandalia con la tierra.

Huitzilopochtli había bendecido a Moctezuma y le había hecho prevalecer sobre el resto de vástagos del antiguo emperador, Axayácatl. En el mundo mexica, para alcanzar el poder era necesario haber triunfado en la guerra previamente y el emperador lo había hecho, consiguiendo más de seis enemigos vencidos y sacrificados a Huitzilopochtli, con lo que se había ganado el derecho a peinarse con los caballos alzados, como el resto de los guerreros sagrados.

Moctezuma no sólo era el Sacerdote Supremo de la religión azteca, también era un fervoroso defensor y practicante, fiel a sus mitos, dioses y costumbres, quizás hasta extremos que más tarde habrían de

costarle la vida.

Espantado de las señales del cielo, Moctezuma había mandado realizar holocaustos de sangre para la celebración del Ilhuicatl Tlamatilizmatini, en la pirámide de Huitzilopochtli y tras bañar las paredes del templo con sangre humana, pidió a los sacerdotes que le leyeran su ventura y la del imperio. Aquella era una cuestión de capital importancia, pues el quinto sol y las estrellas debían seguir girando o este mundo moriría.

Durante aquella celebración todos los fuegos de Tenochtitlán y del resto del imperio mexica, fueron apagados y el pueblo permaneció aterrado y pendiente del aviso de que la ceremonia había triunfado, manteniendo la rotación de las esferas celestes.

Pero el cuauhxicalli, llamado el vaso de las águilas, que era una vasija de piedra usada para colocar sangre y los corazones de los sacrificados, no terminaba de llenarse… Así pues, Moctezuma hizo una señal a sus guerreros para que trajeran más prisioneros que degollar y así poder ver, más claramente lo que los dioses deparaban.

El llanto de un niño aterrorizado cesó, cuando uno de los sacerdotes abría en canal su cavidad torácica para sacarle su corazón aún palpitante y unirlo a los ya recaudados anteriormente… El aroma a sangre, espesa y caliente, lo impregnaba todo, embadurnando las máscaras y vestiduras de los presentes y enmudeciendo la ciudad expectante.

Tenochtitlán era una ciudad grandiosa y muy populosa, donde el comercio, la vida y la muerte brotaban con toda la fuerza del imperio. Un día común en la vida de la ciudad podían llegar a transitar por sus numerosos canales más de sesenta mil canoas de totora, navegando de aquí para allá por sus conducciones, sorteados de puentes de diferente anchura y longitud.

La ciudad contaba con no menos de sesenta grandes edificios civiles y religiosos, que destacaban con claridad por encima de las

viviendas de la población, que normalmente eran de una sola planta.

En aquel tiempo, Tenochtitlán, había llegado a tener más de un millar de funcionarios, tan sólo dedicados a la limpieza diaria de la ciudad. A pesar incluso, de que sus habitantes eran muy pulcros y conocían el uso del jabón de coplaxócotl.

El calmimilócatl o arquitecto urbano velaba por la simetría de la Tenochtitlán de Moctezuma. Nada podía quedar desproporcionado; La ciudad estaba cortada por tres grandes paseos que la cruzaban formando una estrella, cortándola en las barriadas calpullis, cada una con su parte equivalente de tierra cultivable y su tianquiztli donde comerciar y aquella estructura se perpetuaba y mantenía hasta alcanzar la ribera del gran lago salado Texcoco sobre el que se había levantado la ciudad.

En dirección al norte estaba Tepeyacac en la Puerta Cuauhquihuac, más allá yrumbo alocas estaba Tlacopan que terminaba en el puente Chichimecapan yen trazado sur, rumbo a Ixtapalapa atravesando la puerta Tepantzinco; donde quedaba dividido el Templo Mayor entre dos acueductos llamados Ahuízotl y Acuecuezcatl, que proveían a los ciudadanos de agua potable y fresca con la que cubrir todas sus necesidades. En aquel tiempo y al este, se extendía el rico puerto ribereño de Texcoco que componía su propio señorío.

Y ahora, toda aquella urbe colosal que era Tenochtitlán, permanecía a oscuras, parada y muerta, embargada aún por la noche y a la espera de que sus sacerdotes volvieran a encender el fuego sagrado y este se transmitiera por sus calles encendiendo los edificios públicos y las viviendas y luego se pasará en canoa hasta las riberas donde sería llevado al resto de capitales del imperio, donde también se habían celebrado complejos y multitudinarios holocaustos humanos y los juegos de pelota.

Una leyenda antigua y temida, como un apocalipsis mexica, era repetida y esperada; el retorno de Quetzalcóatl, la serpiente

emplumada y dios del viento. Aquel de tez clara y rostro barbado… vestido con una túnica larga y nívea, el profeta que antaño llegó a la tierra azteca para predicar virtud y enseñar mejoras para la vida del hombre sobre la tierra… Quetzalcóatl no había sido escuchado por los ancestrales mexicas y finalmente desistió en su intento por adoctrinarlos y regresó rumbo al oriente… no sin antes dejarles un aviso, profetizando su propio retorno a manos de sus hijos, que traerían la destrucción y el fin para el imperio.

Moctezuma temía el retorno de Quetzalcóatl, más que ninguno de sus súbditos o sacerdotes. Y para aquel devoto emperador las señales eran cada vez más claras y firmes.

Aquel año, en los cielos había aparecido un cometa y este era un aviso inconfundible del retorno del dios del viento y del comienzo de la era del fin. El emperador lo sabía y lo temía a la vez y se encontraba turbado por no saber cómo evitar aquella catástrofe colosal e impedir todo aquel dolor para un pueblo.

Pero ningún sacerdote o adivino supo dar respuesta al emperador. Inútiles fueron los holocaustos de sangre y las constantes inmolaciones…

Finalmente, cuando cesaron los sacrificios y las estrellas del firmamento volvieron a girar un año más, el fuego fue trasmitido de los templos a las casas y esto trajo una paz falsa al pueblo.

A pesar de que todo quedó atado y en su sitio, las visiones y los malos augurios continuaron, como extraños fenómenos de criptográfico significado; águilas que tomaban a gentes y las elevaban presas o extrañas nubes que se apreciaban desde el norte, con formas caprichosas e imposibles y cubrían el lago, oscureciendo su cielo y cubriendo de espanto a sus gentes, o espectros que aterraban a los ciudadanos materializándose por las avenidas de la noble ciudad.

Por todo esto, años después… cuando Moctezuma fue alertado de que extraños castillos flotaban en las aguas del este y venían a arribar

en las costas de su imperio, brotando de su interior insólitos seres del inframundo, barbados y con indumentaria multicolor, algunos de ellos incluso, con cuatro patas y pechos y cabezas brillantes, el emperador supo que al fin estaba ocurriendo y que el fin del quinto sol ya no andaba lejos.

Aquellas malas nuevas, traídas por sus súbditos mayas de las regiones ribereñas del mar Caribe no podían significar otra cosa; malos augurios.

Al parecer, la profecía había sido cumplida y los hijos de Quetzalcóatl, el dios del viento, habían regresado para cumplir con su palabra y recordar a los mortales que no eran sino el triste producto del maíz y la tierra y que, a pesar de sus logros, a pesar de sus cimas, jamás podrían compararse con los dioses.

3. El Capitán

Costas de Cuba, 10 de febrero de 1519

Aquella mañana era extrañamente fría, después de vagabundear presurosos entre Trinidad y otros puertos del mar Caribe, para evitar encuentros inoportunos con bergantines del gobernador de Cuba.

Don Diego Velázquez, Adelantado de Cuba y antiguo amigo del capitán Cortés; con el que antaño partiera de isla de La Española, para ayudarle durante la conquista final de la isla de Cuba. Ahora debían evitarse, Don Diego era su opositor y se había convertido en su más terrible enemigo.

La armada se componía de once naos con menos de mil hombres, habían partido, presurosos, rumbo a las que creían eran las islas de Poniente, pues por aquel tiempo aún no se tenía claro la posición del continente.

Once navíos desiguales, portando una tropa diversa de aventureros, buscadores de tesoros y oportunidades; distribuida con cuatro falconetes y una decena de cañones más pesados, doscientos indígenas procedentes de Cuba y poco más de un centenar de marineros reclutados en el mismo puerto, dieciséis jinetes, una treintena de ballesteros, una decena de arcabuceros y quinientos buenos infantes castellanos más o menos pertrechados. Todos ellos con la mirada puesta en Poniente y en las promesas realizadas por esa alma indómita de al que todos llamaban ahora el capitán Hernán o simplemente el capitán.

Al mando de la expedición, Cortés nombró a sus capitanes, entre ellos había veteranos de las contiendas italianas; el principal y más fiel era Pedro de Alvarado, seguido de Alonso de Ávila, Alonso Hernández Portocarrero, Diego de Ordás, Francisco de Montejo, Francisco de Morla, Francisco de Salcedo, Juan de Escalante, Juan Velázquez de León que era hermano del mismísimo gobernador de Cuba, Cristóbal de Olid, Gonzalo de Sandoval y en calidad piloto mayor, fue

nombrado el veterano de las expediciones de Hernández de Córdoba; un tal Antón de Alaminos.

El hidalgo Cortés por aquel tiempo, tenía treinta y cuatro primaveras y mucha ambición e inteligencia para consumar sus sueños de gloria. Era pues un hombre de buenas formas, pero de expresión severa, aunque considerado en el trato con su tropa; cabellos y barba puntiaguda, negra y rostro afilado. No era ciertamente militar, pero el tiempo habría de determinar por curtirlo como uno de los más insignes que habría dado la raza española.

Toda aquella aventura se había fraguado mucho tiempo antes… Ya desde el inicio de su propia vida, pues nació siete años antes de que Colón arribara en Guanahani, que fue el mismo año en que los Reyes Católicos habían tomado el reino morisco de Granada, como una profecía que le hubiera guiado desde siempre. Era pues, Don Hernán, el único hijo varón de la familia. Su padre, Martín Cortés era hidalgo pobre, castellano y de Extremadura para más señas y según se decía, la aventura y el heroísmo estaban enraizados en su linaje, pues era primo segundo del también afamado conquistador Francisco Pizarro, que tras la gesta de Nueva España sería el conquistador del Imperio inca, hazaña postrera que aún quedaba por venir, junto a muchas otras.

Antes de cumplir las quince primaveras, el capitán, fue enviado a estudiar letras y leyes a la Universidad de Salamanca, pero aquella carrera le fue breve, pues Hernán tenía más el corazón y la cabeza en las glorias del Nuevo Mundo, que en las normas del viejo; no era Cortés tan amigo de las letras, como de los dados, la buena bebida y las mujeres… Aquello que le había propiciado algún susto, aquí y allá, como el incidente en la Ciudad de Valencia, tratando de seducir a una joven dama, algo que le hizo valer la fama de pendenciero y conquistador y no aún de reinos… Quizás por su natural predisposición a convencer y su evidente don de gentes.

Malvivió el capitán, un tiempo trabajando como escribano en Valladolid y después trató, de forma infructuosa, de alistarte en diferentes expediciones a las Indias y al no conseguirlo, participó como caballero y más tarde como oficial en las guerras italianas, al mando de Don Gonzalo Fernández de Córdoba; donde el capitán adquirió gran conocimiento militar y experiencia en estrategia, que más tarde le salvarían la vida, a él y a sus hombres.

Fue así, pasado un tiempo, cuando la fortuna sonrió a sus propósitos en la primavera de 1504, cuando pudo al fin partir rumbo a La Española, donde trabajaría como funcionario escribano y gracias a sus dotes negociadoras, terminaría por convertirse en un ganadero prolífico, lo que le ayudó a ir forjando su fortuna personal.

Dos años después fue requerido por su padre por cuestiones de herencia y salud, y financiado por éste, tuvo que regresar a España, pero ni los ruegos de su familia, ni la elocuencia de su progenitor le convencieron de desistir de sus sueños y en 1511 se enroló de nuevo, en la expedición que el gobernador Diego Velázquez había organizado para someter la isla de Cuba.

La fortuna favoreció a los osados y gracias a sus dotes como líder y buen conocedor del corazón de los hombres, Hernán destacó rápidamente. Siendo éste el origen de gran fortuna, pues, en recompensa por los servicios prestados el gobernador le premió con esclavos y aún más tierras que explotar… Tantos fueron los honores que, en aquel tiempo, el hidalgo fue nombrado alcalde de la joven ciudad de Santiago de Cuba.

La corte de Cuba y la ponzoña que rodeaba a Don Diego, no tardaron en jugar en su contra. Pues eran muchas las envidias y los susurros que trinaban en los oídos del gobernador, que temía que la creciente popularidad y la habilidad del capitán, le arrebataran títulos y fortuna más adelante. Ante todo, sobre las nuevas tierras que había descubierto Grijalva, con indios que tenían ciudades de piedra y bien

organizadas más al Oeste… aquellos mayas peligrosos y altivos que escondían las puertas de una gran fortuna y cuyo título de adelantado aún estaban en juego… Por lo que los consejos mal dados o malintencionados fueron cada vez más escuchados y muy pronto fueron música corriente en los aposentos de Don Diego; tales como las voces de Pánfilo de Narváez o el bufón del propio Velázquez, aquel que llamaban “Cervantes el loco”; él cual, entre chiste y chiste y broma y broma, cena y vaso de vino o dos o tres…, soltó al ingenuo y temeroso gobernador; - “A la gala de mi amo Diego, ¿qué capitán has elegido? Que es de Medellín de Extremadura, capitán bizarro. Más temo, Diego, no se te alce con la armada, que le juzgó por muy gran varón en sus cosas”-

Cuando todo parecía empezar a ir como Hernán pretendía, una vez más, fue acusado de conspiración y mandado hacer preso. Tras un breve espacio de tiempo, fue liberado…

El capitán, hizo las paces con Don Diego, le juró lealtades y amor eterno y en premio y como buen remate para aliar su voluntad, quiso el gobernador casarlo con doña Catalina Suárez, que era por aquel entonces, cuñada del propio Don Diego. Aunque según se dice, el bueno del capitán ya jamás olvidó sus días en las frías y subterráneas mazmorras de Santiago de Cuba, donde hubo de compartir el rancho con ratas, serpientes y otras criaturas horrendas que pueblan las islas del Caribe y que tuvo a bien, guardarse para más adelante devolver algún día el favor prestado, al gobernador Don Diego. Pues Hernán, seguía aspirando a más y sus ojos iban más allá de Cuba, que ya se le había quedado pequeña, justo hacia las tierras desconocidas que se extendían en Poniente.

Entre tanto, los rumores sobre nuevas y extensas tierras, ricas y llenas de oportunidades, se fueron acrecentando y sembrando la imaginación popular. Según se decía, que en aquellos reinos habría multitud de pueblos indígenas por someter y grandes montañas de

oro. Aquellos rumores, terminaron por generar un clima de nerviosismo y expectación entre los nuevos colonos, que ayudaron a Cortés a favorecer y propiciar alianzas para sus propios planes.

Cuentan que, para evitar las malas lenguas, a colación de los rumores sobre la mala amistad entre el gobernador y el capitán… Quiso Don Diego poner freno a las habladurías y de paso, quitarse un problema, emplazando al mando de la tercera expedición que se enviaría al Yucatán al capitán.

Las anteriores empresas de exploración; las de Francisco Hernández de Córdoba y Juan de Grijalva, habían tenido malos antecedentes y por esta cuestión, no era tema menor buscar alguien con el arrojo o la locura suficientes como para querer dirigir tal aventura.

- "Una buena oportunidad"- Debía pensar el gordo, calvo y barbudo Velázquez, para deshacerse de aquel eterno aspirante a sucederle, de aquella eterna amenaza de moverle la silla, que hasta entonces había supuesto para él, el capitán Cortés.

De esta forma, y de este modo, a finales de 1518 se le confió a Hernán el mando de una flota y la orden de continuar explorando las costas del Yucatán y en la medida de lo posible localizar a los marinos naufragados de la expedición desaparecida ocho años atrás.

Conocedor del corazón del español de la época, el buen capitán no dudó en usar la fe como arma; el lema de la armada, elegido por Cortés fue: "Amigos, sigamos la Cruz. Que, si hay fe, con esta señal, venceremos."

Semanas antes de la partida, los preparativos fueron frenéticos. Cortés invirtió la totalidad de su fortuna en aquella empresa de conquista y descubrimiento, apostando todo a una sola carta. Fue tal la inversión del capitán, que superó con mucho la del propio Velázquez, poniendo así en riesgo y una vez más, la relación, ya de

por sí tensa entre ambos.

El tiempo pasó entre la venganza y la desconfianza y el teatro de buenas relaciones fingidas para un pueblo, el de Cuba, que apreciaba a Cortés y que no hubiera visto con buenos ojos un nuevo maltrato por parte del gobernador.

Fue en verdad, un tiempo complejo para el capitán. Una de esas épocas donde era mejor no pasear solo y de noche por las empedradas y jóvenes calles de Santiago de Cuba. No se fuera uno a encontrar con una daga vizcaína o un sablazo por la espalda, que terminará por limar asperezas y solucionar todos los conflictos.

En parte por la indecisión y en parte por evitar un cambio de parecer del gobernador, que finalmente habría de llegar, todo se había adelantado y las naos al mando de su capitán hubieron de partir con nocturnidad, alevosía y de varios puertos diferentes, con objeto de agruparse en el puerto de San Antonio. Todo ello, antes de que las contraordenes llegaran y los sueños de Cortés se rompieran y quedaran en dique seco y ahora allí, navegando, pasada la noche, bajo un manto de estrellas y poco antes de la llegada de la nueva mañana, divisando a lo lejos como la costa de Cuba se alejaba, quiso Cortés dirigirse al adelantado y capitán, Don Pedro de Alvarado; que al igual que Cortés había participado en la conquista de Cuba y un año antes, en la exploración junto a Juan de Grijalva, de las costas de Yucatán y del golfo de México, que habían terminado con el descubrimiento de la isla de Cozumel.

Alvarado era un tipo de aspecto noble y apuesto, rubio y de gran estatura. Tenía la barba fina y los bigotes bien cuidados. Con el tiempo y desde que llegara a Cuba para luchar junto a Cortés y Velázquez, había demostrado ser un hombre valiente, aunque de carácter a veces rudo, rozando casi la crueldad. Una mala compañía para la paz… pero un excelente camarada para la guerra.

Ese carácter temerario y difícil de Alvarado, haría más tarde

ganarse el apodo del “Tonatiuh” como se diría en lengua mexica, que significaba literalmente “El Sol”.

¡Qué lejos queda vuestro Badajoz! Mi buen Alvarado – Y la voz del capitán sonó ronca y contenida de emoción, pues tenía la mirada puesta en Cuba y en todo lo que dejaba atrás.

¡Por todos los demonios capitán! – Y Alvarado soltó una risotada que removió la cubierta de la Nao - No más lejos que Medellín… diría yo… - Y Alvarado sonrió al capitán, con una mirada cómplice - ¿Qué esperáis encontrar allá en Poniente?

Oro y gloria… Alvarado, Oro y Gloria – Y los dos hombres viraron sus miradas, rumbo al este, a poniente y a la secreta promesa de los reinos y grandes riquezas que allí les aguardaban.

4. La Tierra de las Golondrinas

Cozumel, febrero 1519

Cuando las naos de la expedición llegaron a la costa de la isla que un año antes Juan de Grijalva, había bautizado como Santa Cruz de la Puerta Latina y que los indígenas llamaban Kosom que significaba literalmente “Tierra de las Golondrinas”, los marinos, rápidamente se percataron de que la mayoría de los habitantes mayas de la costa habían huido hacia el interior, temerosos de los españoles.

Aquel calor húmedo, aquel sol despiadado y aquellos mosquitos implacables ya no les abandonarían durante toda su aciaga aventura por las islas del Caribe y la Ribera del Yucatán… Dentro de sus corazas, la temperatura era insoportable, pero era eso… o perder la vida por causa de alguna flecha indígena.

La futura Cozumel, era una isla caribeña, plana de casi cincuenta kilómetros en su parte más ancha, por quince en la menor y constituida casi por completo por piedra calcárea originaria de sus bellos arrecifes. La isla se ubicaba a unos veinte kilómetros largos de la ribera de Yucatán.

Lo primero que pensó Cortés y sus capitanes al arribar en sus

costas era que Kosum no debía estar lejos de lo que en otro tiempo pudo haber sido el Paraíso Terrenal. Sus playas eran inmensas y de arena blanca y fina, confrontadas con una tupida y oscurecida selva, de palmeras y cocoteros. Un clima que normalmente era húmedo y con una temperatura agradable constante, ni muy fría, ni muy caliente y una brisa seductora que soplaba invariable en dirección al norte y que contribuía a crear un clima único al que aún no se habían acostumbrado aquellas gentes belicosas venidas de Europa.

Comisionó entonces el capitán de armas Cortés al noble capitán zamorano Diego de Ordás, que era uno de los más valientes de entre los jefes de aquella milicia, para buscar a los caciques en compañía del indio que habían apodado Melchor y que por aquel tiempo ya sabía expresarse en castellano y conocía la lengua Maya del Yucatán.

Ordás solía ir con los cabellos muy cortos y la barba puntiaguda, era un tipo moreno y de piel clara, había conocido a Cortés durante la conquista de Cuba, como tantos otros... Era un tipo animoso y decidido, siempre con una sonrisa en los labios y jamás con una reprimenda ante las órdenes de sus superiores.

A lomos de un rocín pardo y seguido de quince lanceros y el indio Melchor, Ordás buscó su camino por la selva, mientras varios marinos preparaban un puerto improvisado cerca de la costa.

- "Castilan, Castilan"- Gritaron los indígenas de un gran poblado a la llegada de don Diego, que apareció como un dios pagano: indómito, iluminado por el reflejo del sol sobre su coraza y yelmo.

Fue entonces, cuando el de Zamora descubrió que ellos no eran los primeros europeos que habían visto aquellas gentes mayas, al parecer otros antes que ellos habían arribado en aquellas costas… Unos fueron hechos prisioneros e incluso sacrificados, pero al menos habían sobrevivido dos… resistiendo como esclavos de los caciques.

A un tronar de arcabuz, la muchedumbre tembló, como si escucharan el bramido de los dioses… El zamorano ordenó al indio

Melchor que les exigiera la liberación de aquellos cristianos si no querían que su cólera arrasara aquel poblado, exigiendo también el pago de tributos en forma de agua potable y pertrechos para abastecer la flota.

Concluida la consulta y recolectados los víveres. Decenas de indígenas fueron obligados a portarlos; tras lo cual, don Diego regresó a la costa para unirse al grueso de la armada.

El capitán de armas, que era el cargo principal de Cortés, andaba afanado consultando unas cartas marítimas junto con Pedro de Alvarado y miembros de su oficialidad, en un improvisado pabellón de campaña extendido sobre aquella playa paradisíaca de aguas cristalinas y arena blanca y fina. Cuando llegó Ordás, Cortés sonrió y le invitó a refrescarse con algo de tinto… Tras el refrigerio, el de Zamora narró su historia, Cortés se alegró mucho y pidió que se enviaran varios centenares de hombres a batir la isla en busca de aquellos náufragos…

Tras las batidas en la costa… sorpresivamente un hombre famélico, con greñas y barbas cardadas y exageradamente largas apareció emergiendo de la selva… Tras ser socorrido y ayudado por varios marinos, aquel famélico personaje se presentó como uno de los náufragos… Se trata del fraile sevillano, Gerónimo de Aguilar, que había llegado al Nuevo Mundo junto con Juan de Valdivia; y fue hecho prisionero por los indígenas ocho años atrás, después de un triste naufragio.

Aguilar había conseguido huir de su cautiverio con los mayas, quizás porque aquellas gentes se habían asustado tanto que habían preferido dejarle escapar… El fraile corroboró los rumores que hablaban de que más allá de las riberas se extendían ricos reinos colmados de promesas de fortuna.

Pasada una jornada, ya aseado y vestido como un cristiano, mandó el capitán que Aguilar se presentará en su tienda…

- Buenas nos de Dios… - Cortés salió a recibirlo – Os veo con buen aspecto…
- Mi señor… - Y el fraile de hábito nuevo y cara marcada por el sol y los tatuajes indígenas, se arrodilló llorando ante el de Medellín. Cortés no tardó en asirlo de los hombros y obligarle a alzarse… Una vez consiguió calmarle y sentados dentro… continuaron hablando, mientras un sirviente los abanicaba despacio, en pie tras ellos.
- Y contarme Aguilar… ¿Cómo fue vuestra captura? ¿Qué ocurrió aquí?
- Formábamos parte de una carabela que iba a Cuba, bajo el mando de Juan de Valdivia. Nuestro destino nos llevó a Darién, era a principios de agosto de 1511.
- Hace ocho años ya…
- Sí, ocho largos años, señor. Una furiosa tormenta, un huracán del demonio, se adueñó de la mar y naufragamos perdiendo todo el oro recaudado frente a la isla que llaman Víboras.
- ¿Cuántos supervivientes? – Le preguntó Cortés saboreando un buen vaso de vino tinto.
- No llegaron a dos docenas… En total dos mujeres y dieciocho hombres, pero sólo ocho conseguimos alcanzar la costa en una barca, entre ellos el capitán Valdivia. Los otros se perdieron… o yo no supe más de ellos.
- ¿Qué pasó con los indios?
- Nos encontraron guerreros mayas Cocomes… en el oriente de la península. Nos atacaron con hondas, porras y lanzas, aun estando nosotros desarmados, y mataron a seis, sólo Gonzalo Guerrero y yo conseguimos sobrevivir, aunque por mucho tiempo estuvimos gravemente heridos.
- ¿Valdivia?
- Valdivia luchó como pudo, pero finalmente le atacaron entre dos o tres indios, no lo recuerdo bien, solo sé que lo mataron a golpes en la misma playa y la arena se tiñó de sangre.
- Lamentable suceso…
- Lo fue…
- Decirme fraile, ¿habéis aprendido la lengua de esos desalmados?
- Ciertamente señor, no he tenido otro remedio.
- Eso nos vendrá bien. ¿Me acompañaréis?
- Entiendo… que ¿no vais a pasar por Cuba?
- Me temo, que no…
- ¿Buscáis los reinos de oro de Poniente?

- Sí… busco fortuna en Poniente y no todas las leyes están de mi lado.
- Creo que pocas opciones me quedan… Os acompañaré y seré vuestro intérprete, pues.
- Os lo agradezco padre… Ahora ir a descansar, mañana regresaremos a los barcos.

Según detalló más tarde Aguilar al capitán, sobre el otro náufrago, un tal Gonzalo Guerrero de Huelva… se negó a regresar con los españoles, pues había tomado mujer y engendrando vástagos mestizos.

En definitiva, aquel tal Guerrero, se había convertido en un indígena más y según le dijo Aguilar, este no quería saber ya nada ni de España ni de los españoles, pues había pasado de ser un triste marino a medrar dentro de la cultura de aquellos paganos impíos y ahora, se decía que era un caudillo militar entre ellos.

La lección sobre Gonzalo Guerrero habría de tenerse en cuenta para el futuro, algo que Cortés cuidaría en el futuro. Pues la posibilidad de la deserción moral, espiritual y patriótica de sus hombres, siempre estaría presente durante la campaña y en el transcurso de las futuras guerras que habrían de cometer… El de Medellín, no estaba dispuesto a dejar nada al hacer o parar ningún esfuerzo necesario que acometer, su único objetivo era la victoria, costara lo que costara.

5. La Caída de los Ídolos

Ecab, marzo de 1519

Hubo tormentas y lluvias intermitentes y las naos y carabelas de la armada se dividieron en varias escuadras, barriendo las diferentes islas con objeto de ampliar su búsqueda.

Las islas fueron rastreadas y tomadas en nombre del rey, rindiendo a los Batab locales sin apenas presentar lucha, pues los indios temían a aquellos misteriosos seres, surgidos del mar.

Según pudo saber Cortés, aquellas islas eran los restos de un antiguo reino más fuerte, ya extinto, llamado Mayapán que, a su vez, emergió de uno anterior mucho más extenso, rico y poderoso. Los halach uinik o reyes locales apenas presentaron resistencia, pues ya estaban en guerra entre sí y desconfiaban los unos de los otros, lo que permitió a los conquistadores beneficiarse de su falta de unidad.

Cada vez que conseguían encontrar alguna ribera poblada, la situación se repetía; los indígenas huían al interior de las selvas o las sierras, dejando atrás sus chozas y posesiones abandonadas. Luego, el capitán, se preocupaba de enviar capitanes e infantes para buscarlos y traerlos de nuevo a su presencia y terminar de sondearles y obligarles a tributar debidamente.

En cierta ocasión, cuatro mujeres y varios niños fueron hallados en una población abandonada. Cortés pidió que los llevaran a su presencia y se preocupó personalmente por vigilar que se les diera buen trato; se proveyera de abrigo cristiano, agua y alimentos, pues los críos eran muy chicos y hacía días que habían sido abandonados de forma misteriosa en su poblado.

Chapurreando y entre señas, Aguilar consiguió comunicarse con ellos y los calmó, pues estaban aterrados. Tras horas de charlas, Aguilar identificó a una de ellas como la señora de un halach uinik, una especie de rey local, y tras ganarse su confianza, la mujer reveló la posición de su marido y del resto de su pueblo. ¿Habrían dejado a

aquellos infelices para medir la buena voluntad de los españoles? Cortés aún no conseguía entender el carácter de aquellas gentes extrañas.

Francisco de Morla, al que llamaban Rucio Picado era un tipo tosco, aunque buen jinete, calvo, barbudo y un ojo apuntando a Cuenca y el otro a Extremadura, fue el encargado de traer al halach uinik en presencia de Cortés.

El jefe indígena resultó ser un tipo enclenque, de mirada inocente, casi infantil y algo asustadizo, que no dudó en obligar a su gente a traer toda suerte de presentes en agradecimiento por el buen trato recibido para con su mujer, hermanas e hijas, por parte de los españoles y como garantía de que todo fuera bien.

Pero el capitán no se iba a conformar solo con levantar unas bagatelas, a aquel puñado de indocumentados. Cortés obligó a Aguilar y al indio Melchor, a transmitirles que el tiempo de adoración a sus antiguos dioses había terminado, y no sin algún que otro incidente, obligó a retirar las imágenes de piedra y coral que los indios tenían en las chozas destinadas a su culto y a colocar en su lugar imágenes de vírgenes y santos.

El halach uinik, tenía cristalino que, si contradecía a aquellos hombres extraños, su seguridad y la de su familia peligrarían… Por tanto, prefirió colaborar y callar, ante lo que para él fue la más vil de las profanaciones que su mente podía concebir, era indudable que el final de los días había llegado para su atormentado pueblo.

Algún joven guerrero trató de evitar la ruptura de sus viejos ídolos ancestrales, pero los marinos e infantes del buque Santa María de la Barca, encomendados a aquella santa tarea evangelizadora, no dudaron en aplicarle un serio correctivo a golpe de garrote, para de esta forma tan amigable, explicarle a la manera castellana, cuánto mejor sería su vida si accedía a ponerse a bien con sus amistosas pretensiones y a aceptar todo el amor y compasión de su nuevo y

único Dios verdadero.

Algunas horas después del saqueo de los templos-chozas, Aguilar se encontró bendiciendo una gran cruz de madera que se había colocado en el centro del poblado, cuando se cruzó con un maya procedente de Chetumal y que había llegado allí para comerciar con especias y misturas selváticas. El fraile reconoció a aquel hombre, pues en sus días de cautiverio había coincidido con él, alguna que otra vez. Puedo charlar y sonsacarle algo de información; El mercader le explicó de la suerte y novedades sobre Gonzalo de Guerrero, el otro náufrago desaparecido. Viniendo a confirmar lo que Aguilar ya había podía extraer de otras fuentes desde su separación; Al parecer, Guerrero había renunciado a la fe cristiana definitivamente, su mujer la princesa maya Zazil Há, hija del cacique Nachán Can, le había dado varios hijos y Guerrero se había convertido un Nacom, que era una especie de título de caudillo militar dentro de aquella comunidad.

Sea como fuera, Aguilar dio por perdido a Guerrero sabiendo que, si en algún momento él u otros conquistadores se lo encontraban, probablemente apenas podrían distinguirlo de otros indígenas y sin duda, aquel posible encuentro sería algo violento… pues Guerrero era ahora un enemigo encarnizado de los españoles.

El fraile se despidió del mercader y suspiró mirando al cielo… Era hora ya de olvidar el pasado y se preparó para la gran aventura que aún le depararía el destino.

6.

La Batalla de Centla

Potonchán, marzo de 1519

La armada prosiguió hasta la costa guiados por suaves brisas y la pericia del barrigudo piloto Antón de Alaminos. No tardando mucho, terminaron por alcanzar el estuario del río Tabasco.

Alaminos ya había estado allí un año antes, en la reunión previa de los pilotos con el capitán. Antón, le había narrado a Cortés lo que esperaban encontrar.

Hay una gran villa que se extiende a ambas orillas del río Tabasco; y según vimos, esta capital va lamiendo la costa. Advertimos al mando de Juan de Grijalva, el adelantado de Diego Velázquez, más de unas veinte mil casas con sus huertas, eran de piedra gruesa y muy bien decoradas, pues esas gentes, tienen buenos arquitectos y un rey, que llaman Halach Uinik Taabscoob.

Son mayas también – Afirmó Aguilar.

Son bajos, pero corpulentos y de piel oscura… les gusta perforarse y tatuarse los cuerpos… Lo que les da un aspecto más áspero y cruel... Con esos ya hemos luchado – Sentenció Pedro de Alvarado esbozando una sonrisa confiada.

Finalmente, Cortés que iba en la nao capitana, ordenó a su piloto fondear en una ensenada cercana, pero el de Alaminos, no estaba de acuerdo y le dijo que era una mala idea, pues era más recomendable dejar las naos a no menos de dos leguas de la costa y así lo confirmaron otros pilotos, pues en al menos ocho jornadas no se podría salir de allí, si no eran apoyados por viento favorable… Cortés decidió hacer caso a aquellos marinos y mandó continuar río arriba, al menos por tres días más.

Entre una espesa neblina, el canto de aves desconocidas y rodeados por una frondosidad amenazadora, los conquistadores alcanzaron los embarcaderos de la gran villa de Potonchán.

Los españoles quedaron sorprendidos, pues nunca antes habían visto una ciudad tan colosal en el nuevo mundo… Los barcos fondearon en medio del río y Cortés junto con varios de sus capitanes y otras tantas barcas con infantes, descendieron a tierra, portando estandartes y banderas. Iban luciendo sus armaduras y armas, ya que el capitán pensó que era mejor dar aspecto temible e imponerse rápido, que dar una imagen de debilidad.

A una orden de Cortés, los hombres se quedaron en sus barcas y tan sólo bajó él, seguido del fraile Aguilar y un puñado de infantes castellanos.

Aguilar, algo nervioso y torpe, fue traduciendo a Cortés como si musitara pasajes de la santa Biblia. El monje, que ya conocía bien la belicosidad de los mayas se temía lo peor; sin dilación les fue traduciendo las palabras de su señor… Les dijo que venían en son de paz, que no querían hacerles daño y que tan sólo querían agua y provisiones.

Poco a poco, una multitud mal encarada y de mirada furiosa, se fue congregando frente a los españoles, se podía masticar la hostilidad.

Hombres y mujeres con escasa ropa, tatuados y repletos de perforaciones que cubrían con artefactos de oro o plata y pinturas extrañas les observaban sorprendidos y confusos… Entre aquella muchedumbre se apreciaban muchos que iban bien armados, con lanzas largas y algunos ataviados con coloridas plumas y pinturas de guerra.

Desde luego, aquellos indios no tenían el aspecto amigable y solícito que Antón de Alaminos había narrado a Cortés. Más bien, parecían asustados y a la defensiva, como si algo les amenazara. Era evidente que la situación estaba tensa y aquella falsa calma podía cambiar en cuestión de segundos.

Un par de hombres de edad más avanzada que la media y con

vestiduras más ricas y exageradas, comenzaron a dar órdenes y en cuestión de pocos minutos unas mujeres trajeron cuencos con agua y diversos fardos con tubérculos y otros vegetales.

Aguilar se sobresaltó estupefacto, cuando Cortés le obligó a decir que aquello no era suficiente… que con eso no se quedarían saciados y que era necesario que sus tropas pasaran de las barcas a tierra…

Cuando Aguilar terminó de traducir, se escucharon gritos guturales y muchos rostros se enfurecieron… La multitud se alertó y algunos salieron corriendo rumbo al interior de la ciudad… mientras otros se incorporaban a la reunión… El fraile y el capitán se percataron de que cada vez había menos niños y mujeres y aumentaba el número de guerreros. Aquella situación era ciertamente preocupante.

Los gritos humanos se mezclaron con alaridos procedentes de las profundidades de aquella selva amenazadora, mientras una llovizna fina y constante comenzó a embarrar el suelo.

Uno de aquellos jefes dio un paso en dirección a Cortés y le habló directamente, aún a sabiendas, de que Aguilar le traducía. El cacique replicó, que no querían extranjeros en su tierra, que no los necesitaban… Que si querían agua, que la tomarán del río o cavarán pozos en la tierra, como hacían ellos…

Cortés volvió a hablar a través de Aguilar y les pidió que lo reconsideraran, que él quería que le sirvieran por las buenas y no tener que tomar otras medidas más severas con ellos. Entonces, el cacique miró a los suyos y se río… y todos sus guerreros que estaban dispuestos en forma de cuña alrededor de Cortés y sus hombres también rieron confinados.

Más de un castellano sintió el aliento de la muerte en su nuca. Temeroso de las decisiones que su capitán tomará en aquel momento.

El cacique volvió a hablar y el fraile a traducir; Por lo visto, se trataba de un ultimátum, si Cortés y su gente no volvían al río inmediatamente los matarían.

Mientras los mayas se habían ido concentrando en el puerto, Cortés había ordenado a algunos de sus capitanes desembarcar antes de que las naos fueran visibles en el meandro donde se asentaba la ciudad. Por tanto, avanzaron ya por tierra algunas alabardas, ballestas y arcabuces en mano, mientras Cortés se presentaba con el resto de la armada frente a ellos.

Cortés hizo ánimo de volverse y seguido de Aguilar y el resto, volvieron a la barca muy despacio, pero cuando ya parecía que se volvían con el rabo entre las piernas y los mayas no paraban de mirarlos y señalarlos con aire cómico… Cortés se tiró en plancha sobre la barca y el resto lo imitaron…

Aquella era la señal y una lluvia de flechas ballesteras fue lanzada desde las barcas del centro, matando al instante a varias docenas de guerreros, que comenzaron a gritar de forma incomprensible y a buscar refugio, para protegerse de la que les estaba cayendo… y entre tanto, Alvarado y los otros capitanes ya habían alcanzado el extremo opuesto de la ciudad y ya estaban luchando mano a mano contra sus defensores… Aquella fue la primera vez que se usó el caballo en una batalla en tierras del continente americano.

Entre las flechas de ballestas y la pólvora de los arcabuces, los indios dieron grandes aullidos y silbidos, lanzando polvo y algo de barro para que los españoles no pudieran ver las bajas entre sus filas y parecieran así mismo más fieros. Aunque aquella treta no les duró mucho.

Muertos o huidos los guerreros del embarcadero, Cortés mandó arribar y desembarcar al resto de la tropa. Los tambores de la milicia castellana comenzaron a sonar y la soldadesca avanzó por las callejas curvadas, donde los lanceros continuaron la refriega, ensartando a todos los que se ponían a su paso… Mientras, muchos abandonaban la ciudad y escapaban rumbo al refugio que representaba la espesura de aquella selva virgen, que ahora se teñía de sangre indígena.

Las armas castellanas cercenaron miembros y descoyuntaron cuerpos con gran facilidad, puesto que aquellos guerreros no tenían armadura de ningún tipo, iban medio desnudos y sus lanzas ni tan siquiera arañaban la coraza española. Los españoles no eran heridos a no ser que la mala fortuna, hiciera que algún arma enemiga alcanzara alguna extremidad.

Calle por calle, casa por casa, solamente quedaron unos pocos cientos de guerreros. Arrinconados en el centro de la urbe, aquellos mayas bravos y altivos, fueron pasados por lanza en ristre y segados como la mala hierba… Sobre el grupo principal, arrinconado en una acometida por dos flancos, no sobrevivió ninguno y el que quedaba mal herido, le era dada caridad cristiana a tajo de cuchillo segando su gaznate allí mismo… No fuera a preocuparse por lo que después le hubiera de venir.

Rastreadas las viviendas, apenas se encontró oro, algo de maíz, un puñado de gallipavos y algunas cosas inútiles para aquellos españoles ávidos de riqueza y fortuna… apenas unas tristes manufacturas en algodón… Desde luego, ningún tesoro con el que contentar al capitán.

Una vez las calles se despoblaron, mudando su color a rojo sangre, Cortés avanzó seguro y tranquilo hasta el edificio mayor, que resultó ser un templo… “Mirar que castillo…” decía la tropa asombrada… “Tal vez sea una Iglesia…” Aquellas eran las primeras pirámides precolombinas que contemplaban unos ojos europeos…

El de Medellín mandó sacar las estatuas de los ídolos y destruirlas. Luego pidió a Aguilar que bendijera aquellas paredes y a sus hombres, que lo prepararan como cuartel para pacer y descansar durante unos días…

Aquel edificio era amplio, tenía un gran patio interior y muchas salas de gran tamaño bien iluminadas. Estaba sin duda construido para durar, pues aquella sillería era de caliza coralina, uno de tantos recursos aprovechados por los sabios mayas… Si de algo disponía

aquella tierra pedregosa, era de rocas y madera.

Al caer la noche, las guardias imaginarias fueron dispuestas, pero ya no aparecieron más indios. Los pocos supervivientes que habían conseguido huir, estaban aterrados y preferían las fieras de la selva a volver en cercanía con aquellas criaturas aceradas, crueles y terribles que seguramente provenían del inframundo.

Potonchán fue rebautizada como villa de Santa María de la Victoria, convirtiéndose en la primera población española en la que más tarde sería llamada la tierra de Nueva España.

7. La Primera Misa

Santa María de la Victoria, 25 de marzo de 1519

A la mañana siguiente, cuando las nieblas despejaron el río, los centinelas avisaron de que indios desarmados aguardaban en canoas junto a la ribera… Cortés despertó súbitamente y poniéndose las botas presurosamente, tomando sus armas, acudió junto con Francisco de Salcedo y otros, que ya habían corrido previamente, hacia el embarcadero.

Entre aquellos indios, había algunos guerreros algo diferentes a los de Potonchán, pero muchos de ellos eran ancianos o mujeres que venían en son de paz. Parecía que estaban asustados y traían muchos fardos con alimentos y otros presentes como joyas, ricos tejidos y concubinas para los conquistadores; todo ello, en forma de tributo… Aguilar había comentado algo de lo que le habían dicho… "Creían que Cortés era una especie de semidiós… la reencarnación de un dios serpiente con plumas… o algo extraño que no consiguió comprender bien"

Alvarado que había llegado un poco antes informó a Cortés, ambos se intercambiaron miradas extrañadas. El capitán había conseguido su objetivo y este se veía reflejado ahora en su rostro, en el que se dibujaba una sonrisa victoriosa. Los rumores sobre ellos se debían estar extendido por todos aquellos territorios como la pólvora.

- Te lo dije Alvarado: Oro y gloria… - Y los dos hombres rieron seguros de que aquel botín sería el primero de muchos.
-

Cortés permitió que los enviados desembarcaran y ordenó a sus hombres aceptar los tributos. Aguilar le confirmó que se trataba de los antiguos feudos tributarios de Potonchán que, tras la noticia de su caída, habían venido a rendir pleitesía a su nuevo señor… caciques que temían correr la misma suerte que la más fuerte de las ciudades del entorno.

Las mujeres fueron conducidas al templo. Cortés se percató de las miradas de sus capitanes y los soldados tanto tiempo, desatendidos de atenciones femeninas… Aquel estado de ánimo era peligroso, sin duda, era un factor determinante que cualquier conductor de hombres no podía desatender si pretendía seguir conduciendo aquella tropa hastiada y consumida por la humedad y los mosquitos.

Aquellas nativas de piel oscura, cabellos largos y azabaches y cuerpos delgados, pero de pechos generosos, iban escasamente vestidas; haciendo enmudecer a los españoles… Una de entre ellas, tenía el rostro especialmente elegante y hermoso… Aguilar dijo que se llamaba Malintzin –"La Malinche"- consiguió repetir el joven Alonso Hernández, que se había quedado especialmente prendido de ella y desde aquel momento, fue como pasó a llamarse entre la tropa y los capitanes de Cortés, pues les era muy costoso pronunciar con los fonemas indígenas.

Según parecía, la Malinche, era la noble hija del cacique. Aquella misteriosa joven demostró muy pronto su valía sorprendiendo primero a Aguilar y luego al propio Cortés… pues no sólo hablaba maya, sino también náhuatl, la lengua de los mexicas.

Cortés, no podía apartar su mirada de aquella joven, grácil y hermosa. Él la deseó desde el primer momento en que La Malinche puso su pie desnudo en la ensangrentada tierra de Potonchán y sus miradas se cruzaron, pero Cortés sabía que debía velar por su reputación, pues era el capitán de aquella expedición y estaba casado cristianamente.

Al día siguiente, Aguilar bautizó a las veinte doncellas y Cortés las fue entregando entre los soldados y capitanes más valerosos, y que más habían destacado en combate, como premio a sus méritos. De forma que estos serían recompensados.

Alonso Hernández Portocarrero recibió de manos del propio Cortés a la princesa náhuatl, que ya había sido bautizada como doña Marina.

Aquella mujer de piel canela, largos cabellos azabache, rostro fino y delicado y ojos del color de la miel, embaucó a Cortés casi desde el primer momento en que sus miradas se cruzaron. Un ardor ígneo devoró al capitán, algo que el castellano jamás había experimentado, recorrió sus entrañas dejándolo seducido para siempre.

A pesar de las quejas… El capitán Cortés, obligó a Alonso a que doña Marina le prestara servicio como intérprete, no sólo por su indudable valor, sino porque así la tenía más cerca. Jerónimo Aguilar traduciría a maya y la Malinche, que era como algunos la llamaban… y entendía este idioma y el náhuatl, haría la segunda traducción a la lengua más popular en el Yucatán. Mientras, poco a poco, iría aprendiendo castellano, gracias a la gran inteligencia que caracterizaba a esta enigmática mujer.

Después, Cortés se dirigió a una gran ceiba, que era el árbol sagrado para los mayas y delante de varios sacerdotes y caciques tributarios, sacó su pesado mandoble y dio unos golpes sobre el tronco hueco y de esta forma y en este modo, según le asesoró la propia Malintzin, tomó posesión de aquellas tierras verdes y húmedas a la manera maya.

Inmediatamente, el clérigo fray Bartolomé de Olmedo y su capellán Juan Díaz, oficiaron la primera misa cristiana en tierra firme de la que se tiene registro. Aquel, era el día de Nuestra Señora, por lo que Cortés ordenó oficiar una misa y bautizar, ya más cristianamente, la villa.

Terminados los Santos Oficios, más de uno de entre los elegidos decidió perderse con la mujer que le había tocado en recompensa y quisieran ellas o no, hubo de yacer con su nuevo amo.

Algunas jóvenes doncellas, aún unas niñas, vírgenes e ingenuas, no entendían para que las querían aquellos hombres de tez clara, barba poblada y olor desagradable… Como ecos a lo largo del templo, se escucharon algunos gritos de horror y luego el silencio. Otras en

cambio, permanecieren sumisas y aceptaron aquel destino del que no podían escapar. Realmente aquella no era una situación muy distinta a la que hubiera sido la caída de un reino mayo, devorado por otro opositor. La única diferencia es que en aquella ocasión los vencedores no compartían las mismas creencias, ni la misma escala de valores.

Frustrado y evidentemente descontento consigo mismo, Cortés trató de mirar a otro lado cuando la princesa Malintzin, fue tomada por Alonso Hernández y llevada fuera del patio del templo, a una de las habitaciones que como capitán le había tocado; ella lo miraba extendiendo las manos y con ojos rogantes, deseando que aquel, a quien ella realmente había elegido, fuera el primero en poseerla –"Quetzal"- musitó la princesa.

La historia de doña Marina había sido triste y turbia. Aunque noble en su origen, había caído en desgracia; según se supo más tarde, había nacido no lejos de allí, en Oluta y era hija del cacique Painala. Su madre, también de noble cuna se llamaba Cimatl. Doña Marina era pues, una princesa con sangre real.
Su sobrenombre derivaba del de Malinalli
en honor de la diosa de la Hierba.

Después de la muerte de su padre, su madre se volvió a casar y tuvo un hijo varón, lo cual, dejó a doña Marina en una situación socialmente desfavorable. Fue vendida a un grupo de traficantes de esclavos mayas, que habían venido desde Xicalango, donde la princesa fue ofrecida como tributo al cacique maya de Tabasco… De ahí adquirió doña Marina su conocimiento diplomático y don de lenguas, que más tarde el capitán supo explotar en su propio beneficio.

Aguilar miró al capitán con expresión severa, pues como hombre de Dios no aprobaba aquel proceder, más digno de bárbaros normandos que de buenos cristianos. Aunque el fraile, estaba seguro de que aquellas violaciones sólo serían el comienzo de todos los

horrores que aún estarían por venir.

Entre tanto, los cuerpos de los guerreros mayas y los ciudadanos muertos, fueron en parte arrojados a la linde de la selva y otros tantos al río… para que las alimañas dieran cuenta de ellos y la ciudad no se embarcara en la putrefacción.

Aquella tropa desigual, en general, estaba más pendiente de escuchar a hurtadillas como se violaba a las doncellas, de beber y jugar a los naipes o a los dados el oro ganado hasta ahora que, de limpiar aquella ciudad ensangrentada, ahora consumida por las moscas y la muerte.

Un día después, cuando se hubo de poner orden en aquel caos, algunos capitanes organizaron partidas para conseguir esclavos indios con los que terminar los trabajos de limpieza y empezar a preparar un acuartelamiento y viviendas cristianas.

Una pequeña guarnición se quedaría allí, creando el primer puesto avanzado y tratando de pacificar la zona, y mantener y exigir sus nuevos derechos sobre los caciques indígenas.

Los españoles permanecieron en Santa María hasta la mañana del 12 de abril, cuando la armada se volvió a embarcar, ahora rumbo a Culúa.

Tras de sí, habían dejado un reguero de muerte y destrucción. Los rumores sobre los terribles guerreros venidos del este comenzaron a extenderse por la región como la pólvora.

De lo que aún no eran del todo conscientes los españoles es que un enemigo cuantioso, letal y ladino los observaba desde la espesura… Eran guerreros jaguar, espías enviados por el tlatoani para llevar noticias a la lejana Tenochtitlán de lo que estaba ocurriendo en las fronteras de su reino. Los mexicas estaban desconcertados… aún no sabían si debían presentar batalla u ofrendas a aquellos seres extraños, seguramente provenientes del inframundo.

Aunque los temibles guerreros mexicas, no eran la única amenaza

velada sobre aquellas tierras vírgenes y sombrías, pues otro enemigo mucho más mortífero y silencioso pasó de forma inadvertida; Algunos soldados habían contagiado de viruela a las mujeres con las que se habían encamado, aquella enfermedad terminaría por ser el verdadero destructor de gran parte de la población indígena y al fin, había llegado al continente.

8. Rumores de Reinos y Reyes

Tabasco, abril 1519

Cerca de Culúa, el capitán fue informado de la existencia de un gran reino fundado por un pueblo náhuatl, que al parecer era rico y poderoso y según se decía, temido por la fiereza de sus guerreros y sus poderosos y sangrientos dioses.

La armada bordeó la costa, siempre navegando rumbo al noreste y sólo parando para pertrecharse cuando veían alguna población con el tamaño suficiente como para abastecerlos.

Cierta tarde, la flota fondeó en una cala tranquila, donde aparecieron de forma sorpresiva e inesperada varias canoas conducidas por una nueva clase de indios, ataviados con túnicas de laboriosa manufactura y ricos tocados elaborados con vistosas plumas. Aquellos, no parecían ser indígenas de la misma naturaleza que los que se habían encontrado hasta aquel momento.

A lomos de su caballo, al trote, sobre una playa de peñascos y arena basta, salpicada de sargazos traídos por las mareas, Cortés decidió recibirlos y tras escuchar las primeras traducciones de La Malinche y Aguilar, supo entonces, que se trataba de emisarios del tlatoani Moctezuma, que habría de ser una especie de emperador de un reino muy poderoso, dirigido desde una grandiosa ciudad llamada Tenochtitlán, en dirección hacia donde ellos se dirigían.

Aquellos indígenas eran más altos que los mayas y de tez un poco más clara, iban bien erguidos y sus miradas desconfiadas y altivas, miraban a Cortés y a sus hombres cautelosos y desconfiados, como si hablaran con algún tipo de entidad demoníaca que aún no conseguían entender o explicar.

Aquel celo religioso los descubrió en su forma de dirigirse a Cortés… Al comprobar el capitán, que los emisarios se sorprendían de los caballos y del brillo del acero de sus armaduras, ordenó a partir de ese momento, que todos sus capitanes fueran todo el tiempo,

ataviados con yelmo y coraza, a pesar de la sofocante humedad y calor. De esta manera, contribuirá al halo místico en el que se estaba envolviendo su leyenda.

Las armaduras les provocan pavor… pero lo que verdaderamente los aterraba era la presencia de Cortés a lomos de su caballo; Pues no conseguían discernir entre hombre y animal y tan siquiera, si éste, era realmente el dios Quetzalcóatl, venido del este. Por esta razón, Cortés se esforzó por hablar en todo momento montado sobre su rocín.

Tras las charlas preliminares y con el fin de terminar por amedrentar a los emisarios y demostrar su naturaleza divina, el capitán ordenó a varios arcabuceros que dispararan al aire… El estruendo de la descarga asustó a los embajadores, que se encogieron con el rostro desencajado llevándose las manos a los oídos y andando algunos pasos atrás… Tras aquel primer susto, el capitán ordenó a doña Marina que les hablara de forma amable y los relajara… "Una de cal y una de arena" pensó el de Medellín.

- Diles, que vengo en son de Paz… - Dijo Cortés, a lo que doña Marina, muy digna y tiesa, pues seguramente era la única que a ciencia cierta sabía a quién se estaba realmente dirigiendo el capitán, seguida detrás por el fraile Aguilar y Alonso Hernández, les habló… Aquella táctica tuvo su efecto y los emisarios se fueron calmando y bajando la rigidez de sus rostros.
- Preguntan ¿si vos sois su dios Quetzalcóatl? – Interrogó Aguilar, tras esperar el turno de réplica de doña Marina.
- Diles que no quiero contestar, que ellos sabrán con quién y cómo quieren tratar, si lo que quieren es el fuego de mi ira o la paz. – La intención del capitán, era mantener la ventaja, sin llegar a blasfemar delante del fraile. – Dile también que somos tzules – como le había informado doña Marina, que habían de presentarse, pues debían jugar el papel de seres del inframundo para que los mexicas los temieran – y que esperamos de vuestro señor Moctezuma el mejor favor y trato, pues iremos a visitarlo pronto.
-

Al atardecer, los enviados se marcharon, pero aquella no sería ni remotamente la última vez que se volverían a ver.

El día de Viernes Santo, el capitán de la Armada, que era Cortés, mandó poblar un asentamiento cerca de una ciudad llamada Quiahuiztlán, que estaba habitada por los indios totonacas.

Entre tanto y una vez informado de los resultados de aquella primera embajada, Moctezuma mandó enviar una segunda delegación, para solicitar al dios Quetzalcóatl que desistiera de su deseo de acudir a visitarlo a Tenochtitlán…

En aquella segunda ocasión, los emisarios fueron acompañados por artistas, para que dibujaran, para el emperador, a aquellos seres… y a cambio de su paciencia, les trajeron oro y joyas para complacer a los auto nombrados tzules. Aquel, sin duda, fue el primer gran error del emperador Moctezuma, pues aquellos presentes avivaron la imaginación y la codicia de los españoles; “Si nos traen este tesoro, tan sólo por dejarnos retratar ¿Cuánto más habrá aguardándonos?”- Aquellos tributos, habían confirmado las promesas acerca de un gran reino, colmado de riquezas y espléndidos tesoros. Y todos ellos les aguardaban si mantenían su empresa.

9. El Quetzal

Quiahuiztlán, mayo 1519

Los capitanes y soldados de la armada estaban satisfechos y pletóricos por la marcha de aquella lucrativa expedición y por la promesa de alcanzar Tenochtitlán y robar sus tesoros. Aquellos aventureros tenían la posibilidad, por primera vez en sus vidas, de alcanzar un futuro dorado, quizás la nobleza y sin duda, una riqueza que en España se les negaba; en una época de pestes, hambrunas y temor religioso plagado de oscurantismo, sintió las Indias, la única luz y esperanza que se ofrecía a sus lastimeras vidas.

La noche de Viernes Santo y tras los Santos Oficios, los hombres estallaron en júbilo y gritaron el nombre de su capitán, haciendo retumbar la tierra y el cielo. Algunos exploradores totonacos, que les observaban desde la espesura, con su corte de pelo a tazón, sus pinturas de guerra y sus lanzas con punta de obsidiana, apenas alcanzaban a entender a aquellos seres barbudos, que gritaban entre los fuegos de su campamento… -" ¡Cortés, Cortés!"- decían unos –"¿Por qué compartir esto con el gordo de Velázquez?, él anda en Cuba vagueando y seguro"- decían otros.

La mayoría de la armada, apoyó el sufragio conforme a las leyes del Consejo de Indias, pues querían confirmar a Cortés como la nueva autoridad y adelantado del Yucatán; gobernador y capitán, con total autoridad y únicamente dependiente del rey. Dejando así, la autoridad del gobernador de Cuba fuera de aquella jurisdicción.

Como un César riguroso… Cortés, rodeado por sus capitanes y con la mirada vigilante de La Malinche y Aguilar, rehusó varias veces aceptar aquella petición de sus tropas, que él mismo había instigado a propósito. Pero tras varios intentos, Cortés alzó su sable, apuntando a las estrellas y aceptó finalmente la petición de la milicia, quedando al mismo tiempo nombrando a aquel territorio rico y basto, como Nueva España…

Aquella noche, hubo vino y mujeres y el campamento se dejó llevar en un frenesí sexual… El antiguo capitán recordó sus juergas universitarias en Salamanca, quizás más rudas, quizás no con mujeres tan solícitas y tan desahogadas de ropa… pero con los mismos propósitos y finales.

A la mañana siguiente, pasada la reseca y ultimados los preparativos del nuevo asentamiento, Cortés nombró las dignidades que todos esperaban, pues hubo alférez y un tesorero, varios alguaciles, un regidor y alcalde para aquel lugar, que dejó de llamarse Chalchihuecan; para ser conocida como Villa Rica de la Vera Cruz.

Tras las celebraciones y jolgorios iníciales, algunos murmuraron en contra de lo que allí ocurría, pues temían la ira del gobernador Diego Velázquez y pensaban que Cortés no tenía derecho a fundar nada en aquel territorio; pensaban que el capitán tan sólo podía erigirse como explorador, pues su autoridad emanaba del gobernador y algunos se atrevieron a conjugar para poner fin a aquel despropósito… Aun así, la mayoría de capitanes apoyaban al de Medellín, seguros de las maravillas y riquezas que aún les aguardaban.

Cayó la noche y todos durmieron confiados y soñando con épicas gestas de oro y gloria… bajo un manto estrellado en la costa. El campamento se extendía entre guardias, improvisadas empalizadas, pabellones de guerra multicolores y los fuegos de campamento.

A medianoche, Cortés se despertó sobresaltado y bañado en sudor frío… Había soñado con una montaña de piedra colosal y sobre ésta, había visto sacerdotes empuñando dagas de negra obsidiana, con los que sacrificaban a varios de entre sus amigos y camaradas, bajo el tronar de tambores y los gritos de una masa enfurecida a los pies de aquella colosal construcción, a la que se ascendía por una amplia escalinata. ¿Acaso era un sueño premonitorio? Sus amigos parecían capturados… muchos tenían sus ropas mojadas y raídas y estaban heridos… ¿Se estaba volviendo loco?

El capitán salió de su pabellón para que le diera en el rostro la brisa, aquello le despejó un poco. Era una noche clara y limpia bañada por los rayos de la luna llena y entonces la contempló… allí… junto a la ribera, la provocativa y sensual doña Marina, desnuda mirando al horizonte… la muchacha se sumergió en el agua creyendo que todos dormían y Cortés se sintió fascinado y excitado por aquella visión perfecta de la que no podía apartar los ojos.

La sangre le ardía y le consumía el deseo…, pero sabía que no podía… reprimió su impulso de ir hacia la muchacha, de tomarla allí mismo, en el agua… ¡Debía controlarse! Tenochtitlán esperaba… y entonces lo escuchó… un terrible rugido surgiendo de la jungla… Era un jaguar negro como la noche y con sus amenazadores ojos brillantes, reflejando los rayos de la luna.

El mortífero animal avanzó despacio hacia él… Cortés sabía perfectamente de las capacidades mortíferas de aquella bestia temible y mortal. La sangre se heló y quedó paralizado por el terror. Si hacía cualquier movimiento, se sabría muerto… y entonces alguien susurró tras él…

- Es una divinidad… no un jaguar vulgar.
- ¿Qué decís? – Respondió con voz entrecortada el capitán.
- Ha venido a ver al Quetzalcóatl… a vos… capitán.
- ¿Quetzalcóatl? – El dios serpiente emplumada, aquel que los mayas llaman Kukulcán, el que nos dijo que volvería para recuperar su trono… ¿eres acaso, tú? Capitán. El jaguar quiere saberlo… - La voz de doña Marina sonó cálida y sensual, su cuerpo desnudo estaba pegado a la espalda del capitán y este podía sentir sus pechos firmes rozándole.
- No lo sé… - respondió Cortés confuso… su frente perlada de sudor frío caía hasta su barba… y de ahí como un río sinuoso bajaba por su pecho humedeciendo su camisola.

Y entonces, el jaguar retrocedió sin dejar de mirar al capitán, rugió una vez más con una fuerza atronadora y sobrenatural, que no alertó a ningún centinela del campamento, ni consiguió despertar

a ninguno de sus hombres y al poco tiempo… regresó a la selva oscura de la que había emergido.

Malintzin tomó la mano del capitán y este se dejó llevar, anduvieron en silencio por la playa, que más adelante era de arena fina, donde la marea rompía con suavidad, hasta dejar el campamento y seguir por un sendero, un Sacbé secreto, aquellas vías de acceso que habían construido los mayas ancestrales para conectar sus lugares de culto y sus ciudades…

Aquel Sacbé les condujo hasta una gran oquedad en un terreno pedregoso… un cenote, - "Esta, es la entrada al Inframundo, al Xibalbá"- le dijo ella, y en su mirada parecía arder un fuego que le quemaba el corazón. Debajo de aquella dolina a cielo abierto, había un estanque de agua oscura.

- Debes desnudarte y saltar…, si quieres tenerme, Quetzalcóatl. – Le susurró ella y sin mediar más palabras Malintzin se arrojó al abismo y tras unos instantes se escuchó el ruido del agua al zambullirse… Desde luego, había una gran altura…

-

Hacía un calor húmedo e insoportable, allí ya no corría la brisa. El capitán estaba bañado en sudor… Aún no estaba seguro de si aquello era un sueño o no… sin embargo no podía dejarla allí abajo… así pues, se desnudó, dejando incluso sus armas y sin dudarlo, saltó.

El agua era negra, había poca luz y hacía frío, ¿qué magia era aquella?, tras emerger de las aguas sintió como un cuerpo lo agarraba… ¡era ella! Piel con piel, se besaron y comenzaron a tocarse muy despacio, mientras seguían nadando hasta alcanzar una salida rocosa… y allí, a la orilla del cenote, salieron del agua y Cortés tomó a Malintzin… primero con suavidad y luego con fuerza y ansía, invistiéndola contra la tierra con ferocidad, una y otra vez, hasta derramar su semilla en el interior de la jadeante muchacha, sin apartar sus manos de sus pechos firmes y sinuosos.

Aquello se repitió aún varias veces y finalmente, los amantes se quedaron dormidos, pues estaban agotados.

Apenas llegaron las primeras luces del día, un ave extraña, alargada y de múltiples colores, un pájaro tan bello como nunca ojos europeos habían contemplado, sobrevoló la entrada del cenote… ella despertó junto al capitán y lo señaló con furor religioso –“Quetzal”- dijo ella y él, no pudo evitar besarla una vez más… Antes de alzarse y seguirla, escalando por unas lianas hasta salir por el orificio del pequeño abismo al que se habían arrojado la noche anterior.

Aún era temprano cuando los amantes llegaron al campamento y pudieron entrar sin ser vistos. Los enamorados se regalaron una última mirada llena de ternura y pasión contenida, hasta volver cada uno al lugar donde el resto les esperaban encontrar. Aquel fue el primer encuentro de muchos.

10. La Suerte de Alonso

Villa Rica de la Vera Cruz, Julio 1519

A Villa Rica de la Vera Cruz llegaron nuevas noticias sobre el gobernador Diego Velázquez y sus intrigas en la Corte Española. Al parecer Don Diego no había perdido el tiempo.

Nuevos aventureros venidos de Cuba con la esperanza de enrolarse en la lucrativa expedición, relataban el enfado monumental del gobernador y como estaba tratando por todos los medios de que Cortés fuera condenado, sentenciado y mandado preso, por haber saltado todos sus mandatos. Pues Don Diego quería comprometerlo con el rey, hasta el punto de declararlo en rebeldía contra el mismo rey.

Aquella era pues, una situación sumamente peligrosa. Si Diego triunfaba, y no era mal pescado en los ríos de la intriga política, el futuro de Cortés y sus capitanes estaría sentenciado.

Alonso Hernández Portocarrero y Francisco de Montejo, fueron encomendados al mando de una carabela para regresar a España. Pues ambos, habían sido nombrados regidores de Villa Rica de la Vera Cruz.

El barco sería cargado con todo el oro recolectado en este tiempo de campaña, aunque para mantener el favor real se diría que solamente aquella recompensa consistiría en el quinto del rey sobre la totalidad de lo ganado. Todo ello, con objeto de apaciguar la ira del rey y poner su voluntad del lado de Cortés. Pues en aquel tiempo la justicia no se demostraba… se compraba. Pues si Portocarrero tenía éxito y el rey cedía al peso del oro, los motivos legales de Diego Velázquez no importarían ya.

El barco partió y aunque Alonso Hernández se quiso llevar a Malintzin con él, Cortés se opuso severamente y no cedió, argumentado que era vital para el futuro de la expedición.

- No debes tener cuidado mi buen Alonso, pues yo te la cuidaré

como si fuera una hija – Le dijo Cortés el día de la despedida.

- Volveré, bella doña Marina – Le dijo Alonso, a la que ya consideraba su esposa, sin serlo aún. – Ella lo miraba con recelo y no le regaló ni una sonrisa, pues para ella, sólo era el hombre que había violado su virginidad de forma involuntaria.

-

El capitán lo tenía claro y ahora tenía el pretexto que necesitaba para tener a Malintzin cerca de él, de día y de noche… nadie podría murmurar y nadie se podría oponer, pues todos conocían su valor como intérprete y conocedora de las costumbres y diplomacia local. Aunque siempre hubo quien entre susurros se atrevió a afirmar que la suerte de Alonso Hernández sería echada por el amor que Cortés tenía por doña Marina y pasado un tiempo ya nadie dudó de este afecto, hasta que fue tan evidente que nadie pudo negarlo… aunque, ¿Quién osaría a contradecir al capitán?

Alonso Hernández, había sido en verdad un hidalgo pobre… Primo, según se decía, del Conde de Medellín y de ahí la amistad con Cortés… Sin embargo, a Cuba, había llegado con una mano delante y otra detrás y el propio Cortés había sido el encargado de contratarlo y comprarle su primera yegua parda en el puerto de Trinidad.

Ahora zarpaba de nuevo hacia España como un rico hombre, confiado y al mando de una carabela pilotada por el bravo Antón Alaminos, portando la primera Carta de Relación en sus manos, para ser entregada al que quizás era el hombre más poderoso del planeta en aquel momento, el emperador Carlos.

Sin embargo, la fortuna no parecía estar del lado de Alonso, el pobre jamás pudo regresar a la Nueva España.

El rencoroso Diego Velázquez, ya andaba en Burgos en aquella época y persuadió al obispo Juan Rodríguez Fonseca para hacer preso al pobre Alonso y asegurarse más tarde, que el desheredado muchacho no saliera de prisión, salvo con los pies por delante… y desde luego, este no sería ni el primero, ni tan siquiera el segundo mal que Don

Diego Velázquez pretendía perpetrar contra Cortés y todos aquellos que tuvieran a bien seguirle o aventurarse en su empresa.

11. Los Totonaca

Cempoala, Julio 1519

Exploradores y espías ingresaban y salían constantemente de Vera Cruz. Cortés tenía claro que debía conocer el terreno y sus gentes, antes siquiera de permitirse el lujo de poner rumbo a Tenochtitlán. Pues, ¿Qué peligros les aguardaban aún ocultos? ¿Cuál era el poder y el número real de sus enemigos?

Era evidente que los mexicas no tenían la lealtad del resto de tribus de aquella tierra. Por alguna razón, que aún se le escapaba a Cortés, casi todas las tribus que se iban encontrando, tenían en común un odio o un temor sepulcral contra los mexicas. Pues en muchas ocasiones se encontraban sometidos a su tiranía, y les eran tributarios.

El capitán sospechaba que algo extraño y terrible estaba ocurriendo allí, ¿había alguna razón para todo ese odio? Quizás la hubiera, pero eso no era lo más importante, lo verdaderamente capital era aprovechar y canalizar toda esa ira y conseguir aliados con ella. Pues si los números se confirmaban, los mexicas del reino de Moctezuma contaban guerreros por centenares de miles y esa era una cifra demasiado exagerada para un puñado de aventureros hambrientos; por muy bien entrenados y armados que estos estuvieran.

Cortés tenía otro gran problema; Entre sus filas, se cocinaba el guisado del motín. No había que olvidar, que algunos de sus capitanes y muchos de sus soldados formaban parte de las milicias del gobernador Diego Velázquez, eran estos los menos proclives a continuar la misión y más interesados en regresar a Cuba. Si el capitán no jugaba bien sus cartas, terminarían convenciendo a los otros, y provocando un levantamiento que podría desembocar en que alguien optara por cortar su gaznate y regalar su cabeza a Velázquez clavada en alguna pica… o peor aún, cargándole de grilletes y entregándoselo en bandeja al propio gobernador, como presente, para pedir su propia

redención.

El tiempo que pasaran en dique seco, sería tiempo que jugaría en su contra. Entre tanto, Alonso Hernández y Francisco de Montejo trabajaban a su favor, llevando el oro y las cartas con sus buenas intenciones al rey…Aquello realmente, era lo único que podría frenar a Velázquez y los suyos.

Cierta tarde de desapacibles tormentas, comandando una mesnada de exploración, el propio Cortés junto con Cristóbal de Olid y Gonzalo de Sandoval, a modo de patrulla, no lejos de la villa que habían bautizado como Segura, llegaron embajadores mandados por el cacique del reino totonaca de Huacacholla.

El cacique quería proponer a Cortés una alianza secreta, con objeto de que éste atacara al reino de Calúa. A cambio, el rey de Huacacholla le rendiría pleitesía y le prometía el vasallaje de su pueblo; según parecía en Calúa había guerreros mexica bien guarecidos y pertrechados, que arbitraban y hacían de gobernadores de aquel lugar por número de no menos de treinta mil… Los de Huacacholla estaban cansados de sufrir bajo su yugo, de que se llevaran a sus mujeres más bellas o sus hijos para el sacrificio de sangre en Tenochtitlán y como tributo para el tlatoani y sus pérfidos sacerdotes.

Aquella era la primera alianza que se presentaba a tiro, pues el capitán sabía que sin alianzas sería imposible derrocar a Moctezuma. ¡Las matemáticas no engañaban!

Ya de regreso, se organizó una mesnada al mando de Andrés de Tapia, Diego de Ordás y Cristóbal de Olid; Cortés accedió a ayudar al cacique Totonaca y le cedió una compañía de trescientos infantes, unas decenas de jinetes y casi veinte mil indios que había ido reclutando a la fuerza durante sus diferentes exploraciones.

Aquel ejército desigual acompañó a la embajada totonaca a ocho leguas de la ciudad de Segura, en dirección a Chololla, que era ya el reino de Huexocinco.

Al alcanzar Huexocinco, los españoles fueron alertados de que se dirigían hacía una trampa. Al parecer los reinos de Huacacholla y Huexocinco les habían engañado y los conducían directos a una emboscada, ya que en Calúa, que era una población bajo el control de los mexicas, los aguardaban ambos ejércitos, tendiendo una celada, para darles muerte.

El recio y fornido Andrés de Tapia, que parecía tener el mando de toda aquella mesnada no dudó ni un instante, y ordenó a la milicia retornar sobre sus pasos hasta encontrar refugio en Chololla, donde hizo presos y encadeno a los embajadores de Huacacholla, entre grandes protestas y forcejeos, que terminaron con algunos soldados de uno y otro bando heridos.

Un veterano, llamado Domingo García de Alburquerque, fue el encargado de dirigir a varios soldados que escoltaron a los presos de regreso a la posición de Cortés. García portaba una carta manuscrita por sus capitanes, donde explicaba todo lo que había ocurrido.

Tras el regreso de García, el capitán examinó la carta con detenimiento, sentado en un escritorio de campaña frente a su pabellón, donde García había llevado a los presos encadenados y los había obligado a arrodillarse a patadas bajo un sol y una humedad de justicia, que hacía sudar a las piedras.

Luego, el de Medellín pidió a Aguilar y a la Malintzin que se comunicaran con ellos y le tradujeran. De esta forma, y en este modo; Cortés supo que los capitanes no habían entendido el aviso… puesto que las intenciones de los embajadores eran introducir a la tropa dirigida por Tapia en la fortificación de Huacacholla sin ser vistos, para así, alcanzar a los Calúa por la retaguardia y gracias a este ardid, dar muerte a la desprevenida guarnición mexica… justo al contrario de lo que habían entendido los oficiales españoles.

12. El Asalto a Huacacholla

Huacacholla, Julio 1519

Cuando se descubrió aquel error fatal, el capitán ordenó liberar inmediatamente a los embajadores y darles agua y alimentos para que se restablecieran… una vez repuestos y una vez les transmitió sus disculpas, pidió a más soldados que los acompañaran, esta vez, dirigiendo él mismo la operación, escoltando a los embajadores, para así evitar nuevos males entendidos.

La nueva mesnada tardó un par de jornadas en alcanzar a las tropas comandadas por Domingo García. En primera instancia, pernoctaron en Chololla y después hicieron noche en Huexocinco, donde hubo un nuevo parlamento con los jefes tribales. Durante aquellas negociaciones el Capitán confirmó el plan para entrar por una puerta secreta en Huacacholla.

Los guerreros totonacos partieron aquella misma noche. Los totonacos burlaron a los centinelas que se extendían por el perímetro exterior, camuflados entre la espesura y recorriendo una parte de los muros menos protegida, alcanzaron la entrada secreta y llegando aún sin ser vistos, hasta el corazón de la ciudad y a los propios capitanes mexicas de la guarnición que protegía la villa. Los oficiales mexicas fueron apresados en sus casas y de esta forma humillados delante de sus familias y sin llamar la atención, se quedaron esperando la señal.

Entre tanto, Cortés, al mando del grueso de su ejército partió poco antes del amanecer. Aún era noche cerrada y aprovechando la fresca, llegaron al punto de encuentros convenido con los totonacos, apenas habían pasado pocas horas desde la entrada de infiltrados.

Huacacholla era una villa poblada por no menos de cinco mil almas, ubicada en una planicie rodeada por suaves pendientes en la confluencia de dos ríos y sorteada de simas prominentes que dificultaban el paso. El sitio estaba bien defendido por una empalizada recubierta de adobe y cal, de varios metros de altura, lo

suficientemente estrecha como para sólo permitir el paso de arqueros y levantar pequeñas atalayas.

Cortés encontró poca resistencia y con el despuntar de las primeras luces, los aldeanos, que ya estaban informados de lo ocurrido, abrieron las puertas de la ciudad, rindiéndola ante los españoles.

Cuatro decenas de prisioneros de los Calúa, fueron entregados como esclavos. Francisco de Salcedo y Juan de Escalante los redujeron y ataron para evitar cualquier altercado. Entre tanto, Cortés y el resto de sus capitanes avanzaron hacia la gran casa comunal que presidía el poblado, donde los totonacas habían atado a los capitanes Calúa. Los guerreros aliados trataban de sofocar a una muchedumbre exaltada que los rodeaba en torno a la casona, como un anillo amenazador… El odio al mexica se podía mascar en el ambiente.

Casi tres mil almas enfurecidas chillaban por la sangre de sus opresores… Algunos lanceros se unieron a los guerreros tratando de contener la riada humana… pero finalmente la muchedumbre exaltada los golpeó y consiguió entrar en la choza grande… donde se abalanzaron sobre los indefensos aztecas, descuartizándolos vivos en pocos segundos…

Cortés, calculó el peligro y mando a sus hombres que se retiraran y permanecieran al margen de la escabechina; las familias de aquellos desgraciados compartieron su suerte, al igual que todo aquel que hubiera colaborado con el antiguo poder establecido; no se respetó ni edad, ni sexo… y la sangre y la ira corrieron libres por aquella ciudad maldita.

La orgía de sangre duró casi una hora… entre alaridos de terror y dolor, mientras los españoles se miraban unos a otros incrédulos, sudorosos y aterrados, bajo sus corazas húmedas y relucientes, bajo aquel sol calcinador.

Súbitamente un explorador totonaco de barriga redonda y taparrabos imposible, apareció tras la fila de los españoles y les avisó

de que un contingente mexica de no menos de treinta mil soldados, se dirigía raudo, rumbo a su posición. Los mexicas habían sido advertidos de la rebelión en ciernes y venían decididos a liberar a sus capitanes.

Justo, cuando Pedro de Alvarado comenzaba a chillar las primeras órdenes para reorganizar a la tropa, un fuego provocado deliberadamente comenzó a tragarse la ciudad desde el sur.

Los partidarios de los mexicas comenzaron a prender las cabañas más desprotegidas, obligando a la gente a salir de sus casas y exponerse a sus estacas y cuchillas de obsidiana. Apenas unos minutos después las primeras huestes aztecas penetraban en la ciudad desprotegida.

La forma de luchar azteca era muy distinta a la de los europeos… Los mexicas sólo herían, buscaban la inconsciencia de sus víctimas. Pues era capital, mantenerlos con vida para poderlos trasladar con comodidad y luego más tarde, usarlos en los sacrificios a sus dioses.

Cortés gritó varias órdenes mientras azuzaba a su caballo. Luego, el capitán, seguido de algunos jinetes, cabalgó rumbo al barrio sur. Entre tanto, Alvarado y sus infantes, preparaban una primera línea de arcabuceros, al igual que los guerreros totonacos, que no tardaron en dejar atrás a la muchedumbre enardecida, para proteger el desprovisto flanco izquierdo, que daba a una plazuela polvorienta, castigada por el sol impenitente y mosquitos sedientos de sangre.

Al sur se llegaba por una pendiente, fue por ella, por la que Cortés tomó rumbo al grueso de las huestes mexicas, que se aproximaban feroces, con sus rostros tintados de pinturas de guerra y sus mantos de piel animal, que les conferían un aspecto inhumano y aterrador.

Aquellos guerreros no parecían los mayas semidesnudos, a los que se habían estado acostumbrando los españoles, ¡no!, se trataba de soldados de aspecto aún más fiero. Más próximos a demonios que a los soldados europeos, a los que estaban acostumbrados a combatir los

españoles. Se cubrían con una especie de armadura textil y maleable que denominaban Ichcahuipilli, portando una espada de obsidiana llamada macuahuitl, y un llamativo escudo conocido como Chimalli, aparte de grebas en los antebrazos y cubrimientos para las pantorrillas elaborados en bronce y una especie de yelmo conocido como cuatepoztli realizado en madera de caoba, imitando la cabeza de un lobo.

Los temibles demonios mexicas, se prepararon para rodear a los jinetes, pero los de Cortés rompieron el cerco a golpe de coz y acero… y, aun así, el empuje no fue suficiente para la riada humana que se les venía encima. Algunos caballos sucumbieron a aquel primer ataque descolgando a sus jinetes en una riada horrorosa de tajos y desangramiento bajo los filos aztecas.

El calor hizo que ríos de sudor tiñeran las heridas y rostros de los soldados, dando a los hombres y bestias un aspecto dantesco…

Los aceros se cruzaron, a golpe de sol y lamentos, mientras las falanges, capitaneadas por Alvarado, iban poco a poco ascendiendo la colina, seguidos de los arcabuceros. Mientras tanto, el fuego que los rodeaba iba poco a poco, incrementando aún más, la ya de por sí insoportable temperatura.

En medio de un río de humo negro, cuellos y miembros que se descoyuntaban tajo tras tajo. Perdidos entre gritos de dolor e ira, venganza y cólera, lágrimas y sangre. La infantería entró como una riada incontenible, sirviéndose de la inflamada estrechura del paso, para despachar a los enemigos de forma más ordenada y minimizando el impacto de su superioridad numérica.

Muy pronto, los hombres continuaron combatiendo sobre los cadáveres caídos, en pie, zafándose entre estocada y golpe, tratando de no perder el equilibrio sobre un mar de muertos y abrasados. Aquello parecía el fin del mundo.

Los totonacas no tardaron en reforzar a los españoles y completar

su ariete, haciendo sucumbir poco a poco a los exhaustos mexicas…

Como un dios germánico, salido de gestas míticas, el capitán Cortés terminó a la cabeza de la batalla. Iba el de Medellín a lomos de su caballo, de pelaje negro, segando cuellos y descoyuntando miembros.

Tras la refriega, los últimos supervivientes trataron de huir en vano de su destino, a manos de los guerreros mayas y o de los caballeros que seguían al capitán, que seguía a la cabeza, con su sable ensangrentado y alzado, al trote. Mientras infantes y jinetes gritaban su nombre, henchidos por la gloria de la victoria.

Entre tanto, los habitantes de la ciudad a duras penas, consiguieron sofocar las llamas, dividiendo las calles a golpe de zanja y tirando tierra sobre las chozas que aún no habían caído… y, aun así, tuvieron aún que dedicar mucho más tiempo a socorrer a sus propios guerreros y a los españoles y proveerles de agua, alimentos y refugio donde guarecerse.

Pasadas algunas horas tras la refriega, y sofocados ya los incendios, se reagruparon las mesnadas. Aquella misma tarde, llegó a la ciudad una embajada de emisarios de la cercana ciudad de Ocopaxuin, ubicada no lejos del gran volcán nevado, al que los indígenas llamaban Popocatepec.

La embajada llegó reclamando una alianza y la protección de los nuevos guerreros de tez pálida venidos del oriente. A cambio de cerrar aquel acuerdo con los españoles, los de Ocopaxuin aportarían guerreros y víveres a la causa de Cortés y en contra de sus odiados enemigos mexica.

Desde allí Cortés partió rumbo a Cempoala, capital de la cultura totonaca. Apenas quedó tiempo para recomponerse, pero en aquel momento, moverse rápido era capital y los hombres, aunque exhaustos, no tuvieron más remedio que recomponerse de sus heridas sobre la marcha y andar tras las espaldas de su valeroso capitán.

13. A quemar las naves

Cempoala era una ciudad de casas hechas de cantos de río, con argamasa y de fachadas tintadas con cal. Contaba en aquel tiempo con más de veinte mil vecinos, templos y fructíferos mercados, toda una urbe.

Cempoala poseía grandiosas ágoras y muros de mampostería y argamasa, todo ello cercado por una verdosa y tupida vegetación, hasta donde alcanza la vista. Era allí, en Cempoala donde los mexicas se entrevistaban con los caciques náhuatl, para cobrar sus impuestos y someter a todos los pueblos costeros.

Allí en la ancestral capital náhuatl, fue donde Cortés terminó de sellar su alianza militar durante un gran consejo con cerca de treinta caciques. Todos ellos grandes señores y gobernantes de ciudades estado que se adhirieron voluntariamente a su causa, deseosos de ser liberadas del yugo azteca y quizás ignorantes de que otro yugo mayor no tardaría en sobrevolar sus cabezas...

Tras dos días de consejos y pláticas, llegó el pacto y casi mil trescientos guerreros se sumaron a las filas de los conquistadores. Siempre con la premisa y bajo la esperanza de eliminar a sus ancestrales enemigos mexicas.

En aquel tiempo, llegaron noticias traídas por emisarios venidos de la costa, las misivas informaban sobre los avances políticos de Don Diego Velázquez. El pérfido gobernador de Cuba, finalmente, había conseguido sus objetivos y por mediación de sus seguidores en la Corte española, la corona le había concedido el nombramiento de Adelantado del Yucatán.

Aquellas eran malas noticias y ponían en severo riesgo la continuidad de la expedición e incluso la libertad o la vida del propio capitán.

Para atajar el problema, el capitán decidió enviar una nueva comitiva, para contrarrestar aquellas influencias. La expedición fue

dispuesta con lo mejor del botín obtenido hasta entonces. Su intención era la de conseguir que el nuevo nombramiento fuera para el propio Cortés. Tomó, además, el capitán, la decisión de inutilizar las últimas naos, excepto la que se usaría con el fin de mantener contacto directo con España. Aquella maniobra tenía pues una doble intención, no sólo la diplomática en la corte española, sino también, para evitar cualquier fuga de los hombres que no secundaban su rebelión frente a la legalidad del gobernador de Cuba.

Las naos fueron barrenadas, consiguiendo dar a través y volcarlas transversalmente, desproveyendo previamente de todo el material que fuera de interés para el ejército. Cuando la última de las naos fue a pique, los ojos de la tropa se clavaron en las aguas, con algunas lágrimas quizás… entre la esperanza, la desesperación, la fatiga y el sueño lejano de una gloria que ya empezaba a tardar en llegar.

14. La Alianza Ardiente

Tlaxcala, 16 de agosto de 1519

A mediados de agosto, los conquistadores dejaron definitivamente la costa maya e iniciaron su periplo hacia el interior, siempre rumbo hacia el corazón del imperio azteca.

En aquel momento, el capitán contaba con unos quince jinetes, seis piezas de artillería, no menos de cuatro centenares de infantes, dos centenares de indios de carga y unos mil trescientos guerreros totonacos capaces de usar el arco y la lanza.

Tardaron casi dos semanas en alcanzar el territorio de Tlaxcala, donde cuatro señoríos habían conformado una especie de confederación de pueblos libres, siendo estos: Tepeticpac, Ocotelulco, Tizatlán y Quiahuiztlán.

En aquel tiempo, los de Tlaxcala y Tenochtitlán representaban dos caras opuestas de una misma moneda étnica. Algo que indudablemente había favorecido la hostilidad entre ambas potencias. Al modo de las antiguas ligas griegas, en Tlaxcala, se había conformado una especie de senado desde el que se organizaban los asuntos militares, sociales y económicos de sus territorios federados.

Al contrario que los de Tlaxcala, a mediados del siglo XV, los aztecas habían conformado un imperio, fundamentado por una triple alianza: entre las ciudades de Tenochtitlán, Texcoco y Tlacopan.

El conflicto estaba servido y venía de la mano de las llamadas guerras floridas contra sus antagonistas de Huejotzingo, Cholula y Tlaxcala. Siempre bajo la idea de capturar el máximo de prisioneros, que más tarde serían usados para los sacrificios de los juegos de pelota o en las sangrías multitudinarias de los templos.

Aquel clima de confrontación constante y hostilidad era perfecto para la llegada del capitán y su ejército totonaca-español. Sin embargo, Xicohténcatl Axayacatzin, líder de la confederación de Tlaxcala, contra todo pronóstico, negó la entrada a los invasores;

presentándoles batalla a principios de septiembre y ya en plena temporada de lluvias, en el desfiladero de Tecoantzinco.

Durante la primera refriega los de Tlaxcala fueron rechazados en muy poco espacio de tiempo; pero Cortés se encargó muy bien y dio las órdenes oportunas a su ejército para herir al menor número de enemigos posibles. Seguía convencido de que más tarde o más temprano se serviría de aquellos efectivos y sería un error estratégico fatal, tratar de exterminarlos.

Cortés y los totonacos avanzaron ahora raudos por los llanos, con los de Tlaxcala replegados, pero expectantes. Aquellos guerreros altivos muy pronto se vieron embaucados por la forma de luchar y la valentía de los españoles. Si había algo que apreciaran aquellas gentes era la inteligencia y la fuerza; y más cuando ambas se aunaban como sólida aleación en una única idea.

Sin embargo, el momento de la unión aún tardaría en llegar, pues los de Tlaxcala no concedían su lealtad con facilidad, ni a cualquier precio… y de nuevo decidieron probar a los españoles en combate. Así pues y una vez más, los conquistadores fueron rodeados y atacados ahora sí con una nueva estrategia algo más elaborada y peligrosa.

El ataque tlaxcalteca fue lanzado desde diferentes posiciones y flancos, en un principio con gran alboroto… pero a modo de un Cesar moderno. El capitán, secundado por Alvarado, dio órdenes de agrupar en formación a la tropa y de presentar una unidad impenetrable que impidió la entrada del enemigo en su formación y lo fue debilitando… a forma de fortín con ladrillos humanos.

Aquella forma de actuar confundió a los de Tlaxcala y les fue dejando poco a poco sin proyectiles o recursos. Finalmente, siendo de nuevo rechazados los tlascaltecas, eso sí, apenas sin muertos y sí con bastantes heridos; los de Ocotelulco y Tepeticpac desertaron del gobierno de Xicohténcatl Axayacatzin con rumbo a sus tierras. Dejando indefenso al poderoso cacique, motivo por lo cual, éste

regresó a su capital de forma presurosa para pedir permiso a su senado para negociar la paz con los españoles. Cortés paró el ataque y permitió la huida de los de Tlascala a fin de evitar más muertos y heridos.

El caudillo tlaxcalteca, realmente estaba sorprendido por la disciplina y conocimientos militares de sus inesperados enemigos y ansiaba aprender de ellos. Se trataba de un líder militar inteligente y paciente y en otro tiempo y otro lugar, sin duda, hubiera sido un adversario a la altura del propio Cortés; como demostraban sus actuaciones durante años, conteniendo a la fuerza más poderosa de su tiempo… el imperio mexica.

Xicohténcatl Axayacatzin lo tenía claro, por primera vez en su historia, los de Tlaxcala, tenían la oportunidad de rechazar y tal vez vencer definitivamente a sus odiados enemigos aztecas. ¿Serían ciertos los rumores que apuntaban a que aquel líder militar de tez blanca y barbado, era realmente el Quetzalcóatl vengador que había venido a cumplir su palabra?

Sea como fuere Axayacatzin veía claramente que, por primera vez en la historia de su pueblo, la caída de Tenochtitlán, era una realidad plausible y estaba al alcance de su mano.

Tras reconocer su derrota, los tlaxcaltecas enviaron una delegación diplomática para conversar con el capitán.

Finalmente, y tras muchas horas de parlamento, Tlaxcala ofreció a Cortés una alianza sagrada para vencer a los mexicas o morir en el intento. Tras los acuerdos menores, se convino que a la confederación aportaría no menos de cinco mil guerreros al ejército de los conquistadores, a cambio, estos recibirían formación militar y aprenderían a usar las armas de los europeos. Algo a lo que Cortés se negó, hasta que Tlascala aceptara irse poco a poco y de forma convenida, convirtiéndose al cristianismo y abandonar así, su arcano culto idólatra.

15. La Matanza de Cholula

Rumbo a Tenochtitlan, el reforzado ejército de Cortés alcanzó la ciudad mexica de Cholula, que en aquel tiempo se contaba como la segunda ciudad más grande de su imperio del tlatoani, después de la propia Tenochtitlán. En aquel momento, la ciudad de Cholula, era una urbe concurrida, sofisticada y fabulosa que contaba con más de treinta mil habitantes.

Los gobernantes de Cholula ya estaban avisados de que los de Tlaxcala se habían unido al creciente ejército que al parecer comandaba el propio dios Quetzalcóatl y que amenazaba ya a toda la región y temieron por sus vidas. Desesperados, urdieron una treta para aniquilar a los invasores. ¿Quién podía afirmar que aquel ser, era realmente Quetzalcóatl? ¿No sería tal vez un demonio del inframundo llegado con el solo fin de dividir y destruir?

El capitán receló del recibimiento de Cholula. En un inicio, la ciudad abrió sus grandes y poderosos portones y permitió el acceso de las huestes invasoras. Todo parecía indicar que aquellas gentes mexicas querían rendirse sin oponer resistencia, rendidos ante las noticias de su poderío militar y en clara desventaja por la distancia que aún los separaba de Tenochtitlán.

La alerta fue algo confusa… pero contundente para los recelosos tlaxcaltecas, que rápidamente avisaron a los capitanes españoles. Los exploradores indígenas habían divisado cadenas y varas para hacer cautivos, sostenidas por sacerdotes, en lo alto de los templos.

Entre tanto, una anciana perteneciente a la nobleza y algunos sacerdotes rebeldes de Cholula salieron al paso del propio Cortés, alertando de que varios centenares de guerreros les aguardaban en las callejas serpenteantes más adelante. Aquellos nobles, sin duda, querían evitar la matanza fratricida dentro de su propia ciudad, pues Cholula no contaba con una guarnición suficiente como para enfrentarse a aquel ejército invasor, pero la reacción del capitán, no

fue la esperada y lejos del cálculo de los nobles, Cortés montó en cólera, con una mirada de desaprobación de Malintzin y Aguilar, ordenó a sus tropas un ataque total.

El fallo del capitán fue no prever que los de Tlaxcala tenían por fin a su merced a sus enemigos ancestrales. Porque, ¿quién dice que todo aquello no fuera un ardid de los de Tlaxcala para causar una matanza?... ahora los aztecas estaban totalmente a su merced, mientras poco a poco se fue desatando una oscura tormenta.

Como alimañas sedientas de sangre, bajo la incesante lluvia, los invasores se desperdigaron por casas y templos, sembrando la destrucción y la muerte, durante más de cinco horas en las que se violó, mató y quemó. Españoles, tlaxcaltecas o totonacos, se repartieron el festín por igual… pues al fin y al cabo todos ellos eran hombres, compartían una carga parecida y tenían el mismo hastío y deterioro psicológico por las prolongadas y continuas jornadas de lucha incesante bajo aquella humedad y aquel calor insoportable. Aderezados por enjambres de desesperados mosquitos sedientos de sangre.

La ciudad ardió de dolor e ira… Todo aquello que olía a mexica, sin importar la condición o la edad de la víctima fue arrasado o masacrado. Durante aquella orgía sangrienta cayeron no menos de cinco mil inocentes, que nada tenían que ver con la celada que habían preparado los ahora extintos defensores. La matanza fue cruel y exagerada y terminó por sellar la condenación de las almas de todos los que habían participado en ella…

Las huestes de Cortés dejaron tras de sí incendios, destrucción y muerte… Los gritos de los niños huérfanos y las mujeres viudas podían aún escucharse tras un horizonte enrojecido poblado de cortinas de humo, fruto de los incendios. Cholula era ahora una ciudad muerta.

16. La tierra de las Tortugas

Un día después de la infame matanza, el ejército de Cortés estableció campamento en Ayotzingo, ya no estaban lejos de Tenochtitlán, aquella era una tierra de bosques exuberantes y hermosos, hundida en un fértil valle dominado por el cerro Ayaquémetl y franqueado por dos grandes volcanes: el Popocatépetl y el Iztaccíhuatl.

Aquel paraíso de prodigalidad y tranquilidad que era Ayotzingo, fue poblado en su origen por la tribu de los chichimecas; que quedaron colmados por la abundancia de especies autóctonas como garzas, patos, armadillos, tortugas, tejones o capulines que favorecían la caza, sin desmerecer la profusión de plantas y frutas comestibles.

Aquella increíble variedad animal y más en referencia a los galápagos, había sido el origen del nombre del lugar, pues fue bautizado como Ayotzingo, "El asomadero de tortugas" en lengua náhuatl.

En aquel tiempo Ayotzingo contaba con un puerto importante al que llegaban mercaderes y mercancías procedentes de Chalco, Mixquic, Cuauhnáhuac, Tlalmanalco y Amequemeque, para proveer al gran mercado de Tlatelolco. Aquellas gentes eran más mercaderes y cazadores que guerreros y no vieron oportunidad alguna enfrentando a los conquistadores, pues pensaron que podían correr la misma suerte de Cholula y, por tanto, simplemente se rindieron a su llegada y trataron de seguir con su vida mientras aún pudieran; colmando de provisiones y otros tributos que momentáneamente colmaron las ansias de la sanguinaria soldadesca.

La belleza de aquel lugar hizo olvidar al capitán lo ocurrido en Cholula, pues en verdad era soldado y como tal había adquirido la capacidad de borrar recuerdos a fin de no perder la cordura.

El capitán trató de acercarse a Malintzin, pero ésta, le rechazó cuanto pudo, hasta que valió más la fuerza bruta de la hombría, que

sus quejas. Y como hombre rudo de batalla, tampoco la trató como un amante trata a la mujer amada y la hizo daño.

Malintzin estaba desolada, no aprobaba el proceder del Capitán. Quetzalcóatl no hubiera repartido tanta crueldad… ¿Estaría quizás equivocada?

Sea como fuere, amada o usada, Malintzin no dejaba de ser una propiedad del Capitán, su más preciado tesoro y jamás permitiría su marcha y aunque Malintzin lo odiaba y amaba a partes iguales, estaba segura de que, aunque alguien abriera la puerta de su jaula dorada, ella ya no podría abandonarlo. Los unía algo más poderoso que los sentimientos, algo místico y sagrado, algo incapaz de ser explicado.

Al atardecer y del otro lado, los conquistadores, pudieron por fin contemplar el grandioso lago salado Texcoco y la exuberancia de las nuevas tierras que se abrían ante sus cansados ojos…

Tal fue la admiración que causó aquella tierra entre la oficialidad, que Don Diego de Ordás, durante aquella parada, solicitó el permiso del capitán Cortés, para inspeccionar el volcán Popocatépetl, a lo que el de Medellín accedió de buen grado. Ordás entró en la leyenda convirtiéndose en el primer europeo en ascender a aquella cima en compañía de otros dos compañeros de armas. Aquella hazaña no dejó a nadie indiferente, causando un gran revuelo y admiración entre los nativos, entre los que se extendió aún más el rumor de la naturaleza semidivina de aquellos extraños seres de tez pálida.

Más tarde, aquella gesta épica, sería alabada y comentada en la corte del propio emperador Carlos, que terminaría por otorgar al capitán Ordás un escudo de armas con la heráldica de aquel magnífico volcán, en conmemoración de su proeza de fuerza y valentía.

Sin embargo, no todo fue paz y armonía en Ayotzingo, pues de vez en cuando, alcanzaban sus postrimerías espías mexicas o reducidos grupos de guerreros que pretendían dar pequeños golpes de mano, al desprevenido campamento.

Usando la nocturnidad como subterfugio, los atacantes se servían de la ayuda y complicidad de algún habitante local, pero Cortés se negó a repetir lo de Cholula, pues ya estaban demasiado cerca de Tenochtitlán.

Cierta noche, uno de esos ataques acabó con la vida de quince chichimecas que los guardias identificaron como traidores. Al día siguiente, en medio del jolgorio y preparativos para la partida, una visita inesperada alertó al capitán; El cacique de Texcoco llegó con una comitiva en nombre del propio Moctezuma.

A modo de un patricio romano, aquel noble se presentó alzado sobre unas andas decoradas con profusos telares y bellos plumajes, soportado por cuatro esclavos y escoltado por una decena de guerreros mexica y algunos nobles que le seguían a pie. El capitán dio orden de tratar a la comitiva con respeto y abrirles camino, pero él decidió que para darse importancia era más recomendable aguardarle en el corazón de su campamento rodeado de sus hombres. Sin duda era todo un espectáculo.

Ante la comitiva del poderoso cacique y conforme avanzaba, iban otros tantos esclavos barriendo el camino por el que luego pasaría su litera. Era pues, al igual que el propio emperador para los mexicas, un ser semidivino, a caballo entre la realeza y el inframundo. ¿Si aquel era este el trato que recibía un cacique mexica? ¿Cuál sería el que recibiría el tlatoani Moctezuma de Tenochtitlán?

Una vez la comitiva alcanzó el pabellón del capitán, éste ataviado con su armadura y con sus manos reposadas en la empuñadura de su espada, salió a recibirles. El cacique mandó que su litera bajara y soportado por otros tantos sirvientes descendió y dio las salutaciones oportunas al capitán como mandaba su cuidado protocolo. Acto seguido, y bajo la mirada sorpresiva de todos, el capitán le invitó a parlamentar en el interior de su pabellón y ambos pudieron, al fin, comentar en privado.

Aquel cacique venía delegado por el propio tlatoani y su misión era la de darle una invitación formal y un salvoconducto para que Cortés y sus hombres fueran a visitar al emperador a la gran Tenochtitlán.

Las puertas de la ciudad imperial quedarían despejadas para Cortés y los suyos y con este acto, el destino quedaba sellado.

17. El Tlatoani

Tenochtitlán, 8 de noviembre de 1519

Cuenta la leyenda que los aztecas fundaron su gran ciudad y su civilización en el lugar donde sus sacerdotes distinguieron un nopal sobre una roca y sobre este, una magnifica águila, devorando una serpiente. Aquella era la profecía, y cuando encontraron aquel portento, allí se quedaron.

El lecho del lago Texcoco fue poblado de islas artificiales que los pobladores llamaron chinampas donde muy pronto cultivaron toda suerte de verduras y flores, así como aves domésticas. Aquel pueblo nació débil, quizás ya odiado; con cierta fama de gente sucia y cruel debido a su afición por los rituales y sacrificios sangrientos. Tal vez perseguidos, quizás porque no tuvieran otro lugar donde refugiarse, crearon en aquel lago su hogar y el punto de inicio para su poderoso imperio; alzando calzadas y puentes para conectar Tenochtitlán con las riberas del lago. Se construyeron acueductos y se prepararon canales para el transporte de mercancías y personas.

La civilización azteca era una compleja maraña social basada en la religión y la guerra.

En honor de su copioso panteón de divinidades, de toda suerte y condición; los aztecas regían su existencia, organizando la vida de más de doscientas cincuenta mil almas, rodeadas por una empalizada que convertía a la ciudad, en un bastión prácticamente inexpugnable, y desde la cual, aquel fabuloso imperio extendía su dominio hacia el centro y el sur de su ciudad principal.

Hernán Cortés acompañado de sus aliados totonacos y tlaxcaltecas alcanzan Tenochtitlán en la mañana del día ocho de noviembre del año 1519.

En aquel primer encuentro entre el emperador Moctezuma y Cortés hace de intérprete doña Marina.

Moctezuma creía que los españoles eran mensajeros de los dioses y

el propio Cortés, la reencarnación del dios Quetzalcóatl, el dios serpiente emplumada, dador de agua y de la vida que ya vaticinó, su regreso desde las tierras al este y más allá del mar.

- Imagina Alvarado… Imagina esta tierra gloriosa, esta ciudad altiva rendida a Castilla y a España y unida a la Corona, ¿podéis pensar en una mejor capital para nuestro señor rey en las Américas? – Le susurró maravillado Cortés.
- Si eso fuera posible…
- Lo será, amigo Alvarado… Nos admiten como a dioses y no debemos perder la oportunidad. Quizás podamos tomar este gran reino sin derramar sangre.
-

Pasado un gran puente de piedra, salió a recibirlos el poderoso tlatoani mexica, el Gran Señor Moctezuma, y tras éste hasta doscientos nobles, todos ellos ricamente ataviados.

El emperador, también llamado tlatoani, venía franqueado por dos solemnes señores, sin duda sus ministros o consejeros de más alta cuna. Uno de aquellos magistrados andaba a la diestra y el otro la siniestra del emperador, y sobre ellos un palio riquísimo, decorado con profusos colores, plumas, perlas y decoraciones de plata finísima y sobre unas andas.

Era una visión extraordinaria, como una sagrada imagen o la de un patricio de tiempos romanos… y que portaban sirvientes, impidiendo que aquel sol de justicia tocara la piel de su sagrado amo.

Se apeó de aquellas andas el gran Moctezuma, franqueado por los poderosos señores, los caciques de Tacuba, Iztapalapa, Texcoco y Coyoacán…

Cortés estudió a aquel hombre que era tratado como una deidad por sus semejantes. Debía rondar los cuarenta, tenía una estatura comparable a la de los europeos y mayor que la de sus paisanos, estaba sin duda bien proporcionado, era delgado y no tan moreno como la mayoría de los mexicas; con los cabellos no muy largos, solamente para taparle las orejas y una barba corta y bien arreglada.

Su rostro era alargado y parecía jovial e inteligente y sin duda, era alguien acostumbrado a repartir e importar autoridad, acomodado en el mando de aquel, que se sabe escuchado y temido.

Haciendo acopio de valor, Cortés dio un paso adelante y mandó a un sirviente indígena que le acerque un riquísimo collar de perlas traídas del mar Caribe. Una vez en sus manos avanzó hacía el emperador para entregárselo y abrazarlo. Fue entonces, cuando los caciques echaron mano de sus empuñaduras de obsidiana y escupiendo improperios en lengua náhuatl, impidieron al castellano acercarse al tlatoani…

Cortés aún no lo sabe, pero en náhuatl, tlatoani significa “el que habla y los demás callan” …

La desconfianza entre los nobles de la corte de Moctezuma acrecentaba su recelo. La ignorancia de los extranjeros, sobre sus costumbres les parece ofensiva y muchos apuntan y rumorean sobre planes pensados para el exterminio rápido de los extranjeros… pero el emperador Moctezuma se había negado a escuchar tales consejos…

A un gesto del emperador, el antiguo héroe guerrero Moctezuma, surgieron sirvientes vestidos con finas prendas blanqueadas portando toda suerte de ricos presentes, que contribuyeron también a relajar los ánimos entre las alertadas filas de los españoles y sus aliados. El tlatoani obsequió a Cortés y sus capitanes con espléndidos regalos, entre ellos, un magnífico penacho de plumas que entregó a Cortés. Terminando de esta forma y en este modo, de darle el aspecto del temible dios… doña Marina miró a su amante extasiada, su belleza no pasó inadvertida entre los nobles aztecas, que murmuraron al ver el fuego que brillaba en sus ojos al mirar al extranjero.

Los españoles fueron hospedados en el lujoso templo de Axayácatl, el emperador antecesor y padre de Moctezuma.

En una primera instancia, el propio Moctezuma los acompaña a su propia morada, entablando conversación con el capitán Cortés,

traducidos por doña Marina, en un tono amistoso y jovial, que induce a todos a pensar en un feliz desenlace para aquella amistad naciente.

- No creáis… - Le dijo Moctezuma, sin esperar a ser traducido – más lo que vuestros ojos vean Señor Quetzalcóatl, en especial aquello que os hayan contado los que son mis enemigos… pues algunos eran mis vasallos y se revelaron tras las noticias de vuestra venida.
- No tenía noticias… - Cortés fingió estupefacción, pero era más que consciente de aquella situación, al igual que Moctezuma era consciente de que Cortés venía apoyado por sus enemigos ancestrales.
- Seguramente, muchos de ellos – continuó el emperador sin hacer caso a las palabras de doña Marina – os habrán dicho que nuestras casas tenían paredes de oro, y que nuestros altares y tejados lo eran igualmente y que yo me había nombrado dios en vuestra ausencia y muchas otras mentiras… Las casas como veis son de piedra, cal y tierra – Y súbitamente, el emperador se paró en seco, en un gesto que dejó perplejo tanto a los españoles como a su propia corte. Se alzó las vestiduras y mostró su cuerpo, diciendo… - Veis aquí que soy de carne y hueso como vos y cada uno de mis nobles, y que soy mortal y palpable.

Tras estas y otras revelaciones y charlas, entre el capitán y el emperador, los españoles y sus aliados fueron dejados en el palacio, donde empezaron a prepararse y organizarse a la voz de capataces y suboficiales.

18. Tenochtitlán

Ya solos, los capitanes de Cortés y sus subalternos se dedicaron a explorar el palacio; los inquietos exploradores descubrieron una exquisita vajilla y toda suerte de piezas de oro, algo que les pone en guardia sobre el gran tesoro que les aguarda en aquella ciudad magnífica y misteriosa.

Durante los días que continuaron a su llegada, los españoles quedaron extasiados por la majestuosidad de los edificios y templos de la gran Tenochtitlán; Visitando el gran cú, con una plaza más del doble del tamaño de la ciudad castellana de Salamanca, que por aquel tiempo se tenía por la mayor de toda la cristiandad; Tlatelolco y el gran mercado de especias y toda suerte de mercancías provenientes de las cuatro esquinas del imperio, con sus sabores y olores, sus idas y venidas de gentes, terminaron por enmudecer a los ya de por sí sorprendidos castellanos. Aun así, sus costumbres y comportamiento seguían siendo los de unos altivos invasores, y no el de los divinos invitados en los que aspiraba convertirlos el emperador. No tardó mucho el pueblo en empezar a verlos con cierta distancia y hostilidad.

Los exploradores contemplaron horrorizados la veneración de Tezcatlipoca y otros dioses que clamaban por la sangre humana y la decapitación, sin entender muy bien lo que sus ojos veían… Con el sacrificio de prisioneros como recurso para salvar al universo de la destrucción; Asegurando la supervivencia del sol en su ciclo de cincuenta y dos años en la confluencia del calendario lunar y solar, al término del cual, el Nahui Ollin corría el riesgo de extinguirse y la tierra quedar a merced de los seres nocturnos. Un enemigo debía ser sacrificado en el monte Huixachtépelt para hacer brotar el fuego, para comenzar el ciclo nuevo de cinco decenios en el que sangre y corazones debían nutrir constantemente al dios…

Algunos españoles murmuraban sobre si el demonio gobernaba aquella tierra… olvidando los fuegos inquisitoriales de castilla y el

olor a carne quemada en la caza de brujas, berberiscos o la judería que día sí y día también lucían de lúgubre anaranjado las frías plazas castellanas, mientras la turba gritaba y vitoreaba aquellas ejecuciones y los monjes repetían la eterna retahíla de –"Es la voluntad de Dios"- pero aquello no era castilla y sus costumbres no eran las costumbres de los españoles y los métodos mayas de ejecución y sus motivaciones no coincidían con el espíritu cristiano de aquellos aventureros estupefactos que contemplaron varias formas de sacrificio en las plataformas de los templos de Tenochtitlán; como los prisioneros sacrificados a Xipi Tótec que eran desollados ya una vez ejecutados. Aquellos infelices eran materiales para crear el cuero que luego vestirían los sacerdotes, personificando a su temible dios…

El horror llenó los ojos de los europeos. Los sacrificados eran por igual hombres, mujeres o niños de cualquier edad o condición presas del infortunio de la captura y la guerra… y los que no eran sacrificados eran, sometidos como esclavos de por vida, sometidos a las tareas más viles que aquel imperio debía acometer.

Lo que aquellos estupefactos exploradores contemplaron chocaba de bruces con sus dogmas morales, enraizados en su subconsciente a sangre y fuego. Sus guías, seguidos por los temibles guerreros jaguar, les narraban como cinco días antes de los sacrificios, aquellos infelices eran sangrados y la víspera de su sacrificio se les obligaba a danzar en una danza solemne; Durante una larga noche en vela, junto a aquellos que más tarde los ejecutarían, arrancando parte de sus cabellos, convirtiéndolos en el trofeo, el tleyotl, o el fuego del interior de la víctima, que más tarde sería un talismán para su verdugo. Al amanecer cada verdugo llevaba a su víctima al templo, donde la desvestía y junto a los sacerdotes lo amarraban por las extremidades bocarriba, donde finalmente y a golpe de obsidiana se le extraía el corazón pronunciando las fórmulas rituales ante el horror y la estupefacción de la víctima, que cargada de adrenalina, presencia la

escena totalmente impotente.

Pero aquello no era todo, cada día decenas de presos eran ejecutados a lo largo de las calles de la espléndida ciudad. Los métodos podían variar entre los ya citados, aunque había otros como la decapitación, el despeñamiento desde los templos en la cumbre de las pirámides, el flechamiento, la sepultación en el interior de grutas o agujeros en tierra con los prisioneros aún vivos, el ahogamiento… y otros… pero lo que de verdad heló la sangre de aquellos hombres fue escuchar de los propios sacerdotes historias sobre el canibalismo, que más tarde pudieron contemplar en persona… pues la carne de aquellos desdichados era despedazada y posteriormente repartida como si fuera carne de res, lista para ser preparada, aún cruda.

Algunos hombres no pudieron reprimir sus instintos y vomitaron allí mismo ante tal lujuria de sangre e impía depravación con la que muchos juraron acabar algún día… Algo que en ese momento se les antojaba suicida e imposible, pues eran muy pocos y aquellos endemoniados muchos.

Ya en el palacio, asediados por el calor, la humedad y los mosquitos que los devoran al caer el sol, Cortés y sus capitanes se propusieron acomodarse por un tiempo en aquella ciudad y como era su costumbre, edificar una capilla donde rezar cristianamente. A pesar de los ruegos de Cortés, Moctezuma se había negado rotundamente a permitirles fundar su iglesia en la explanada del cú de Huitzilopochtli, así pues, y después de algunas pláticas, decidieron organizar una, dentro del propio palacio de Axayácatl, ahora sí, con el beneplácito del emperador y sin que ésta quedara a la vista del pueblo.

Mientras la oficialidad se afanaba en largas discusiones, riñendo cual sería el lugar más idóneo donde plantar sus figuras sagradas, el carpintero de Cortés localizó una pared que ocultaba la existencia de una puerta deliberadamente tapiada. Según parecía, pocos días antes de su llegada al palacio, pues la argamasa aún andaba fresca. Al

retirar ésta, los españoles sellaron su destino al encontrar el mayor tesoro que los ojos europeos habían visto hasta la fecha, allí estaban todos los tesoros que había reunido durante su larga vida el emperador Axayácatl.

Cortés estaba boquiabierto y fue el primero en darse cuenta del gran peligro en el que se encontraban… Antes siquiera de permitir a sus capitanes explorar la estancia, mandó volver a tapiar la entrada. Justo aquella tarde, empezaron a llegar avisos de exploradores tlaxcaltecas, había rumores de que diferentes guarniciones enemigas se estaban llamando a reforzar a lo largo de distintas estaciones a lo largo de toda la ciudad. Aquella misma noche, cuatro capitanes y una docena de soldados suplicaron a su capitán sobre la acuciante necesidad de tomar como rehén al emperador y de esta manera, que el dignatario azteca respondiera con su vida, por la del ejército.

Al mismo tiempo, y no lejos de Vera Cruz, en la ciudad de Nautla, un nutrido contingente mexica entabló batalla contra los totonacos aliados de los españoles. Según parecía, aquel cuerpo de ejército azteca fue dirigido por el gran guerrero Cuauhpopoca.

Cuauhpopoca, era el señor de Coyohuacan y moraba en un fortín militar de Tuxpan, donde ejercía la función de cobrador de tributos imperial, justo en la región de Nautla. Nautla era por aquel entonces una provincia totonaca que se encontraba bajo el dominio mexica.

Durante la batalla, Juan de Escalante y otros siete españoles, fueron degollados junto con muchos otros totonacas. No sólo fue una gran derrota, sino que se comenzó a extender el rumor de que los españoles no eran dioses y por tanto, podían ser vencidos y sacrificados. Durante la marcha, entre los españoles hechos prisioneros, iba un soldado llamado Argüello que murió en el camino a Tenochtitlán. Argüello fue decapitado y su cabeza enviada como presente al propio emperador, quien la rechazó y se negó a colocarla en ningún templo.

19. El rehén del cielo

Los españoles llevaban algunos días desde su llegada a Tenochtitlan, cuando llegaron mensajeros tlaxcaltecas de forma secreta, entregando cartas a Cortés; Donde se relataban los sucesos en Nautla, y explicando que el ataque del cacique Cuauhpopoca, había sido desarrollado conforme a las órdenes del propio Moctezuma. Todo parecía confuso y sombrío… pero la amenaza era aparente y obviarla podía significar perder la vida.

Así pues, el propio Cortés se armó, acompañado Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Juan Velázquez de León, Francisco de Lugo, Alonso de Ávila, Bernal Díaz del Castillo, los intérpretes Jerónimo de Aguilar, doña Marina y una treintena de hombres más. Entraron en el palacio de Moctezuma, donde tras desarmar a la fuerza, a algunos de sus guerreros águila, hacen prisionero al emperador.

Cuauhtémoc, el hermano de Moctezuma, había rogado al emperador que acabará con los españoles y sus aliados, pero Moctezuma se negaba, argumentando que la voluntad de los dioses estaba por delante de los deseos belicosos de su hermano.

El emperador Moctezuma negó haber ordenado el ataque y envió algunos de sus guerreros acompañados por tres españoles, con un salvoconducto realizado en una piedra de Huitzilopochtli y órdenes para prender al altivo Cuauhpopoca y traerlo encadenado a Tenochtitlan.

- Id y llamad a Cuauhpopoca, y si no quisiese venir por la creencia de ésta mi seña, haréis gente de guerra en mi tierra e iréis sobre él y destruirlo y prenderlo por la fuerza. No vengáis sin él, y mirad por esos cristianos mucho.

Cortés ordenó en esta embajada a Francisco de Aguilar, Andrés de Tapia y un soldado de nombre Valdelamar.

Veinte días de lluvia y calor impenitente siguieron antes del regreso de los emisarios y en ese tiempo, al tlatoani-emperador le fue permitido circundar libremente su palacio e incluso practicar sus ritos

o la caza, aunque siempre escoltado bajo las estrictas directrices que había marcado Cortés.

Cuauhpopoca alcanzó Tenochtitlán atado y lacerado, en compañía de su hijo y una decena y media de nobles mexica que le habían secundado en sus acciones. El emperador cedió a Cortés el derecho de juzgar y condenar a los rebeldes.

- ¿Eres vasallo de tu señor tlatoani, el emperador Moctezuma? – Interrogó Cortés a Cuauhpopoca, mientras este permanecía arrodillado sobre una losa de la gran sala de audiencias del palacio imperial.
- ¿Acaso hay otro señor sobre el cielo? – Le respondió el oscuro Cuauhpopoca, alzando su fría mirada y sosteniéndosela al supuesto dios.
- Mayor que tu señor es el soberano de España, al que vos traicionasteis y que hoy pagaréis por dicha traición. - Le contestó el capitán… mientras sus palabras se iban traduciendo despacio tras el reo.
-

Cortés se sorprendió de la bravura de aquel hombre, que ya se veía tan cerca de la muerte y en el fondo le admiró. Aunque la mayor de las preocupaciones del capitán seguía siendo saber quién realmente había emitido la orden de aquel ataque infame. Fiel hasta la muerte, Cuauhpopoca y los otros prisioneros negaron la implicación de Moctezuma.

Frustrado y decidido a que cundiera el ejemplo, Cortés ordenó fijar una docena y media de postes a forma de cadalsos; mandó apilar leña y atar a los prisioneros… Ante la mirada atónita del emperador, de sus sacerdotes y jefes, el capitán dio orden de comenzar a quemarlos vivos. Durante la lenta agonía, entre gritos y lamentos de los ajusticiados, finalmente, reconocieron que las órdenes provenían del emperador. Aquel fuego fue contemplado por los habitantes de Tenochtitlán con miedo y gran estupor. A pesar incluso de sus sangrientos rituales, no estaban acostumbrados a contemplar una

muerte tan lenta y dolorosa, ni tan siquiera imaginar aquella forma de tortura que ahora el vengativo Quetzalcóatl les había mostrado.

Acabadas las ejecuciones Cortés mandó poner grilletes al emperador, afirmando -"Quien mata, merece la muerte, y esta es la ley de Dios"-

El gran emperador Moctezuma estaba derrotado y humillado ante su pueblo. Sus guerreros acechaban entre las sombras blandiendo sus temibles armas de obsidiana, esperando una sola señal de su señor, pero Moctezuma no había visto arder a nadie en su vida y aquella visión aterradora le había dejado confuso y aturdido. Sus ojos derramaron lágrimas por sus fieles muertos. Cortés empezó a ser consciente de que estaba rodeado y de que un simple gesto del emperador haría que miles de guerreros águila los engullera en cuestión de pocos minutos, era capital mantener el control de la situación. Así pues, echó para atrás y ordenó retirar los grilletes al emperador, mandando que Alonso de Grado regresará como alguacil en Nautla, haciendo prometer a Moctezuma que no se repetiría aquella rebeldía.

Moctezuma aplacó a sus guardias y les convenció de que iba con los españoles por propia voluntad. En su fuero interno, conmovido por sus fuertes convicciones religiosas el emperador seguía viendo en Cortés al vengativo Quetzalcóatl que había venido a poner fin a su civilización, algo que el emperador quería evitar a toda costa. Desde aquel momento, Moctezuma comenzó a comportarse más como un prisionero que como un emperador, su fuerte personalidad había quedado parcialmente anulada por la aterradora escena del ajusticiamiento de Cuauhpopoca.

La familia del emperador, el emperador y algunos de sus enseres fueron trasladados al palacio de Axayácatl, que ya era de facto el acuartelamiento de la guarnición española.

El gran señor de Texcoco, el señor Cacamatzin, se declaró en

rebeldía. Aquella traición era demasiado, no podía entender como el gran Moctezuma cedía ante un puñado de invasores dejándo hacerse a él y su familia como a vulgares reos dignos del sacrificio.

Una vez más, Moctezuma que en teoría seguía ejerciendo el gobierno, llamó a consultas a Cacamatzin, motivo por el cual fue hecho prisionero por los españoles, acrecentando aún más el odio del pueblo ante los captores de sus dignatarios.

20. La Matanza del Templo

Los malos augurios se sucedían, mientras la situación se hacía cada vez más tensa. Doña Marina había alertado al capitán de los rumores que circulaban por las calles, donde al caer la noche se habían divisado lúgubres espíritus y apariciones de los dioses mexica demandando venganza y llenando de pavor a aquellos que los contemplaban.

- Ten cuidado mi amor… algo malo va a ocurrir… - Le decía doña Marina a Cortés desnuda, con su piel suave y del color de la caña bañada por las luces de la luna.

Poco tiempo después, Cortés recibió misivas de la llegada de casi una veintena de naos al Puerto de Veracruz. En una primera instancia fueron tomados por tropas de refuerzo, pero al poco tiempo se comprobó que eran tropas enviadas por Diego Velázquez con el objetivo de acabar con Cortés y los suyos.

Al mando de Pánfilo de Narváez, los nuevos invasores, se ocuparon de hacer llegar en secreto al emperador Moctezuma la noticia de que Cortés no era el legítimo representante del emperador español y que por tanto podía ser ajusticiado en nombre de éste.

Aquel inesperado movimiento de Diego Velázquez puso entre la esperada y la pared a Cortés. Éste no tuvo más remedio que dejar una guarnición de poco más de un centenar de hombres al mando de Pedro de Alvarado, y él mismo regresar al mando de otros trescientos y varios cientos de indígenas, a la caza de Narváez.

Don Pedro de Alvarado, por aquel tiempo se siente acosado y nervioso, pues aquellas gentes de gustos sangrientos le causaban recelo y cierto asco, que él asociaba con el maligno.

Pocos días después de la partida de Cortés, la ciudad poco a poco se les va yendo de las manos, sumiéndose en el caos, con constantes motines y asesinatos a traición. Algunos españoles son secuestrados y sacrificados en rituales en honor de los dioses aztecas, cada vez es más

difícil mantener el control.

Las semanas y los meses transcurrieron entre el calor y la humedad y la constante amenaza de la rebelión. Alvarado era mucho más elemental que Cortés y más tendente a perder la calma. En aquel tiempo, los mexicas celebraban la fiesta de Tóxcatlen honor de Tezcatlipoca, durante esta fiesta que se celebra con el permiso del propio Alvarado, le llegan al capitán rumores de una nueva sublevación, y de una concentración masiva de guerreros en la Plaza Mayor de Tenochtitlán y el castellano decide actuar. Durante la propia celebración en el templo mayor los sacerdotes y todos los nobles asistentes son encerrados y posteriormente atacados, degollándolos hasta no dejar a ninguno con vida… Luego Alvarado ordena despojar de joyas y objetos preciosos a los cuerpos sin vida de los ajusticiados.

La dantesca escena, causó el estupor de los guerreros, que vieron a sus señores y sacerdotes descoyuntados, y sus miembros hundidos en charcos de sangre.

La reacción de los mexicas no se hizo esperar… Dejaron de suministrar agua y alimentos al palacio de Axayácatl y comenzó un ataque desde diferentes construcciones cercanas al palacio. Alvarado y los suyos casi no tuvieron tiempo de regresar.

Entre tanto y en la costa, Cortés atacó el campamento enemigo en plena noche, derramando muy poca sangre y capturando a Narváez sólo unos momentos después de haber entablado combate. El hábil capitán conoce el corazón de los aventureros llegados a aquellas tierras hostiles y tras mostrar a los soldados de Narváez varias piezas de oro, y prometerles un futuro de gloria y fortuna bajo su mando, la mayoría opta por seguirle, haciendo triplicar sus tropas al capitán.

El derrotado Narváez es liberado y se le da la oportunidad de regresar a Cuba con los pocos fieles que deciden no unirse a Cortés.

A finales de junio de 1520, Cortés regresa victorioso y reforzado de la costa y a fuego y hierro consigue alcanzar la seguridad del fortín de

Axayácatl.

Tras cuatro días de continuas hostilidades, el capitán lleva a Moctezuma y al señor de Itzquauhtzin a las balconadas para tratar de aplacar a la turba… pero ésta, cansada de las concesiones de su señor, responde con una lluvia de piedras. Una de éstas alcanza en la cabeza al propio Moctezuma y lo tumba inconsciente, muriendo pocos días después.

21. La Noche Triste

Cuitláhuac el hermano del emperador Moctezuma es liberado con la esperanza de que pueda interceder a favor de los españoles y bajo este pacto con el propio Cortés, sale del palacio para parlamentar.

Fuera de los muros de Axayácatl, Cuitláhuac se pone al frente de la rebelión mexica, aglutinando todo el poder de los caciques y asumiendo el rango de tlatoani.

Poco a poco, los sitiados se vieron sin casi agua y sin alimentos, rodeados por una turba incontrolable que ansiaba su sangre. Rodeados por casas bajas que camuflaban perfectamente al enemigo y aunque los españoles trataron de originar algún incendio con el objetivo de despejar los alrededores, la defensa del bastión se hacía cada vez más difícil.

¡Debían escapar o morir! Pues su única perspectiva era morir de sed o inanición o la captura y el sacrificio, aquello era una carga demasiada pesada para sus atormentados espíritus.

La noche del día treinta de junio al 1 de julio, Cortés ordena la retirada, la ciudad parecía inexplicablemente calmada. Tras varios días de asedio, parecía que los mexicas se habían cansado de rodearlos. Aunque era posible que fuera una trampa, no tendrían otra oportunidad.

La luna brillaba y quizás esa fuera la única escapatoria que les quedara, no aprovechar aquella oportunidad sería un suicidio.

Cortés ordenó destapar la entrada al tesoro de Axayácatl y permitir que cada hombre se cargue con el oro que tenga a bien llevar consigo. Aunque el capitán, sabiamente les advierte a aquellos ávidos soldados, sobre todo a los de Narváez, que no era cosa buena transportar mucho oro, pues el camino aún era largo y peligroso y caer al agua podría significar la muerte. El capitán se cuida de que se armen fardos y se aten a una mula con el quinto del rey, asegurando así la parte del

tesoro de la corona. Aquel tesoro, era el pago necesario que Cortés habría de dar al rey para conseguir el perdón de la corona y salvar su vida.

Es medianoche y llueve ligeramente como rocío, cuando los españoles abandonaron el bastión de Axayácatl en silencio y en formación antecedidos por los tlascaltecas. Tratando de no ser descubiertos, dirigiéndose por una de las calzadas de salida…

Malintzin y Aguilar avanzan junto al capitán y la princesa, que por aquel entonces andaba preñada, iba cubierta por coraza y armada, sable en mano…

Los españoles llevaban consigo puentes portátiles de madera, que fueron colocando con cuidado sobre los canales y tratando de no hacer ruido. A la cabeza va un selecto grupo de infantes armados con lanza y rodera, liderados por el capitán Sandoval y un poco detrás de éste, Alvarado y el propio Cortés.

Habían avanzado lo suficiente, como para que la vuelta atrás fuera imposible.

Parecía que iban a tener suerte y que todo iba a salir bien sobre la calzada Tacuba, cuando al llegar al canal Tolteca Acaloco, una anciana que había salido a tomar agua en una vasija avisó de la fuga de los españoles y alertó a los guerreros aztecas.

Súbitamente comenzó a tronar el tambor de piel de serpiente del templo de Huitzilopochtli y los españoles y sus aliados, se vieron rodeados por miles de embravecidos guerreros. En cuestión de minutos el lago hirvió de canoas repletas de guerreros. En pocos minutos guerreros jaguares y águilas empiezan a congregarse a miles, acosando a los españoles a lo largo y ancho de la calzada desde las azoteas de las casas bajas, a la vez que otros tantos cientos les atacan desde el agua en sus canoas y otros mexicas cortaron los puentes a tierra firme, que estaban hechos de canoas amarradas unas con otras.

Proyectiles, flechas y ráfagas de arcabuz se cruzan en la noche,

mientras los gritos de guerra y de dolor se confunden en medio de la sangrienta noche. De un lado y otro, caen guerreros y sus cuerpos taponan los accesos a la calzada.

Los arcabuces enmudecen rápidamente, debido a la lluvia la pólvora no prende. Cortés y sus capitanes son conscientes de su gran desventaja, pues los aztecas pueden lanzar proyectiles desde sus canoas sin ser tocados. Órdenes, contraordenes y caos.

Las ballestas españolas también perdían eficacia cuando sus cuerdas se mojaban, los españoles únicamente pueden recurrir a sus lanzas y espadas y rezar porque el enemigo no se aproxime.

Cortés y Alvarado avanzaban a nado por puentes, debatiéndose contra enemigos por agua y tierra, rumbo a la tierra firme, seguidos de cien infantes, Malintzin y otros de su séquito.

Malintzin luchaba como un hombre, como una loba celosa de la poderosa virtud de su vientre, luchando por su propia vida y la de su hijo no nacido.

Una vez, el capitán vio a su gente segura, tornó con otros tantos a caballo, a reforzar a la zaga, viendo como los suyos iban cayendo por cientos. Cuando el ejército alcanzó el canal de los toltecas, el puente de madera cedió y se partió y fue como si se despeñaran unos sobre otros tlascaltecas, y caballos, infantes y algunas mujeres, todos, unos encima de los otros, hundidos en las aguas oscuras y fangosas en un torbellino de furia, pánico y muerte terrible. Con sus cuerpos el canal se cegó, quedando lleno e inaccesible. Sobreviviendo tan sólo aquellos que se atrevieron a pasar sobre aquellos cuerpos, en muchas ocasiones aún vivos y jadeantes.

Entre los caídos al canal estaba la mula con el quinto real y con ella, la esperanza de perdón del capitán.

Alvarado ya en la retaguardia ve el final de todos aquellos que aún no habían saltado y abandona la fila para salvar la propia vida, pasando con su caballo sobre soldados, indios y esclavos, pero los

enemigos le rodean y lo desmontan. Entre el caos, Alvarado había caído y se debatía entre la vida y la muerte a hierro y fuego, rodeado de enemigos fue salvado por Martín de Gamboa, que abrió brecha a coces y lo subió a la grupa de su caballo, únicamente protegido por una armadura de algodón mexica y su espada toledana al cinto.

El caos es total y no paran de llegar canoas de refuerzo que atascan por ambos lados el lago y la entrada al canal.

La vista es dantesca, sobre el lago y la calzada había cadáveres de uno y otro lado, salpicando de sangre y miembros hasta donde alcanza la vista.

Poco a poco los heridos fueron recuperados, niños y madres buscaban a sus familiares caídos. Los españoles supervivientes que habían quedado atrás, fueron llevados a los templos y sacrificados. Sus corazones palpitantes eran arrancados de sus pechos a golpe de hoja de obsidiana por los sanguinarios sacerdotes aztecas.

Finalmente, murieron la mayoría de las tropas españolas y aliadas y se perdieron la mayoría de piezas de artillería y de caballos, así como gran parte del tesoro que se transportaba.

Ya en tierra firme, Cortés se paró y se sentó, el capitán estaba destrozado… no paró para descansar, sino a hacer duelo sobre los muertos y los vivos que quedaban atrás, y pensar en tantos amigos caídos, tanto tesoro, tanto mando, tan grande ciudad y reino. Quetzalcóatl lloró aquel día; y no solamente lloró la desventura presente, más temía la venidera, por estar todos lacerados, por no saber adónde ir, y por no tener cierta la guardia y amistad de los de Tlaxcala; y ¿quién no llorara viendo la muerte y estrago? Y Quetzalcóatl lloró a los pies de un árbol sagrado y vio pasar a los escasos supervivientes de su ejército, muchos de ellos heridos y condenados a morir días después. Sin olvidar a todos los prisioneros mexicas, que como su sueño premonitorio le mostró, no tardarían en ser sacrificados en los templos de la ahora victoriosa Tenochtitlán.

22. La Batalla de Otumba

Aún asediados, acorralados y perseguidos como ratas, los españoles obtuvieron refugio en Otumba, donde de forma calamitosa trataron de reorganizarse junto con sus aliados tlascaltecas y totonacos, más por desesperación, que por capacidad real. En muy poco tiempo, anduvieron preparados para presentar de nuevo batalla.

El gran error mexica fue pensar que los españoles estaban vencidos y por este planteamiento erróneo, disminuyeron los efectivos destinados a perseguirlos.

Aprovechando aquel pequeño insuflo de aire… Cortés se dejó aconsejar por sus capitanes supervivientes; Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Cristóbal de Olid y Juan de Salamanca, se plantearon como objetivo llegar a Tlaxcala, para ello eligieron bordear el gran lago Texcoco rumbo al norte.

El siete de julio los mexicas, acompañados de sus aliados de las tribus de Tlalnepantla, Cuautitlán, Tena yuca, Otumba y Cuautlalpan los acorralaron en las tierras llanas de Temalcatitlan. Casi cien mil guerreros en total, conformando una fuerza terrible, frente a menos de cuatrocientos supervivientes españoles y unos tres mil indígenas aliados.

Como una pequeña roca, frente a un océano embravecido, así era el escuadrón español frente a las huestes lideradas por los mexicas. Liderados al frente y una vez más por los terribles guerreros águila y jaguar, fácilmente distinguibles por sus trajes y pieles, comandados por Matlatzincatzin, el Cihuacóatl.

Alvarado comenzó a gritar órdenes y dispuso a los piqueros tras la fila de rodeleros. Entre tanto Sandoval agrupó a los ballesteros en flancos para cubrir a sus compañeros, junto con algún que otro arcabucero superviviente. Cortés permaneció en retaguardia con los escasos jinetes que habían conservado sus monturas, preparando una desesperada carga, contando con que los aztecas no tratarían de

matarlos, sino más bien aturdirlos para capturarlos y llevarlos de regreso a Tenochtitlán donde serían sacrificados. Algo que aterraba sobremanera a aquellos hombres bravos y pendencieros y les obligaba a sacar valor desde el propio instinto de supervivencia.

Cortés estaba henchido de ira y rabia, por la matanza de sus amigos y por la oportunidad perdida de salvar Tenochtitlán para la corona. Al legendario grito de guerra, con pura furia –"¡Santiago y cierra España!"-, mandó avanzar a la escasa caballería con él mismo al frente. La embestida fue brutal e introdujo de facto a los jinetes en medio de las filas enemigas, para descoyuntar y aplastar a numerosos enemigos y luego retroceder hasta sus posiciones iníciales. Repitiendo aquella maniobra una y otra vez, mientras los de Alvarado recibían las primeras embestidas.

Pero el número de enemigos era colosal y los tlascaltecas y españoles comenzaron a retroceder pesadamente y con cierta torpeza, con un flanco casi vencido…

Matlatzincatzin dirigía aquel combate, lejos de la posición del capitán, marcando su posición con un gran estandarte de tonos oscuros, decorado con una especie de cruz de tonos blancos y rojos, siendo algo llamativo entre la marabunta humana colocada entre los españoles y el Cihuacóatl.

Súbitamente, el capitán azuzó su montura y con furia salió presto y solitario, acometiendo en una estampida suicida sobre las huestes enemigas rumbo al cacique que dirigía a sus enemigos. Al verlo partir, Alvarado, Alonso de Ávila, Cristóbal de Olid, Rodrigo de Sandoval y Juan de Salamanca tomaron sendas monturas y partieron tras su capitán y amigo, como arcángeles formando una punta de lanza, rodeados por legiones de oscuros demonios sedientos de sangre.

Como una flecha humana, en medio de una riada de sangre y muerte, invistiendo en medio de una nube de polvo y gloria imposible, un acto de valor y gallardía hizo dudar a los mismos dioses.

Alguien dijo ver al Apóstol Santiago, aquel que es el patrón de España, tras del propio Cortés cabalgando sobre un rocín níveo, asestando mandobles a un lado y a otro, apoyando el avance del capitán castellano, al igual que hiciera durante otras grandes gestas de la Reconquista.

Cortés alcanzó al cacique Matlatzincatzin. El gran guerrero que había devuelto la fe en el poderío militar azteca. Matlatzincatzin embutido en su armadura, que iba rematada con garras y un yelmo con forma de cabeza de serpiente. Aquel atuendo tenía un fin y un propósito determinado y deliberado… Conferir a su portador un semblante demoníaco y aterrador que hubiera echado para atrás al más aguerrido de los soldados, pero el capitán no dudó, no podía hacerlo, puesto que no tenía otra elección y se lanzó en pos del jefe de los mexicas y lo derribó.

Fue como si un rayo partiera la tempestad… al tiempo que Juan de Salamanca tomaba el estandarte azteca y lo mostraba alzando su jamelgo sobre los cuartos traseros y haciendo relinchar como la montura de un dios vengador, dejando pálidos y aterrados a sus enemigos en señal de victoria.

Inducidos por una mística tradicional e incomprensible, para los europeos, los miles de guerreros congregados al ver a su líder caído y su estandarte capturado dieron la batalla por perdida y comenzaron a huir rumbo de regreso a Tenochtitlán. Si los mexicas no hubieran estado gobernados por sus costumbres, aquel día, el destino de Nueva España hubiera sido muy diferente. Pero lo que, al día, dio la victoria y salvó la vida de los conquistadores, fue precisamente las costumbres paganas que ellos habían venido a barrer definitivamente.

Aquella hazaña suicida y alocada, había salvado la vida de Cortés y los suyos, con un gesto tan valeroso como desesperado.

Los aztecas aún no lo sabían, pero ya habían perdido la guerra.

23. La Caída de Tenochtitlán

Los tlaxcaltecas demostraron su palabra y a pesar de la inferioridad numérica de los españoles, pudiendo darles muerte, no lo hicieron. En vez les dieron cobijo, curaron sus heridas y les ayudaron a reponerse y preparase una vez más para el combate.

Las ciudades de piedra y madera de Tlascala sirvieron como único hogar y refugio para los maltrechos conquistadores…

Aunque repuesto de sus heridas, el capitán ya no volvió a ser el mismo que una vez fue… Con la mirada distante y las ojeras del que no duerme y únicamente sueña con la venganza, el capitán dejó por un tiempo de comer y apenas si bebía líquidos.

Los fantasmas de los caídos ya no le abandonarían nunca. Ante todo y, sobre todo, olvidó sus grandes sueños de conservar Tenochtitlán íntegra para la corona y sumar las energías mexicas al imperio, pues en su corazón ya sólo moraba la venganza y hasta que no la viera cumplida, no se sabría satisfecho… Como un mal jaguar oculto en la espesura de su oscurecido corazón, con un odio que lo devoraba de día y de noche… Hasta se distanció de su amada Malintzin y la rehuía, a pesar de que ésta ya lo había perdonado y le había devuelto su amor incondicional y fervoroso.

El semblante del capitán no cambió, hasta poder contactar con la metrópoli y recibir, ahora sí, el apoyo real, en su empeño por recomponer su maltrecha cruzada…

Ya reforzados, los españoles, ávidos de venganza, volvieron al lago Texcoco y construyeron barcos, con los que pusieron sitio a la ciudad, en un asedio que duró setenta y cinco jornadas.

Tenochtitlán luchó hasta las últimas consecuencias, peleando cada avenida, cada casa, cada palmo de la ciudad, hasta casi el exterminio, hasta que la gran ciudad de los dioses cayó.

En aquel momento el ejército español armado por el capitán distaba mucho del grupo de aventureros que había huido

presurosamente por salvar la vida durante la noche triste; más de ochenta decenas de jinetes, mil infantes, decena y media de cañones de bronce, trece bergantines y el apoyo de casi ciento veinte mil indígenas entre tlaxcaltecas y texcocanos contra los sesenta mil guerreros mexicas supervivientes tras los enfrentamientos intestinos entre los señores de Cempoala, Texcoco y Tlascala.

El capitán había esperado su oportunidad de resarcir la derrota y ahora, con armas y efectivos suficientes, no dejaría que la impaciencia lastrara sus ansias de resarcimiento; La armada de Cortés tomó poco a poco el control de todos los pueblos y ciudades en las riberas del gran lago salado, bloqueando todas las salidas a la ciudad y cortando el acueducto que surtía de agua a la población mexica.

Poco a poco el hambre, la sed y la desesperación inundaron la antigua ciudad de los dioses; Cortés esperaba una victoria rápida, sus bergantines impedían el tráfico de personas y mercancías y sus cañones daban cuenta de todo aquel que se atrevía a franquear su cerco; miles de aztecas sucumbieron de hambre, recurriendo en muchas ocasiones a la antropofagia en una desesperada lucha por la supervivencia; aquel apocalíptico desenlace que Moctezuma había tratado de evitar, finalmente, había ocurrido.

Lejos de la victoria rápida que esperaba Cortés, tras los muros de Tenochtitlán, Cuauhtémoc implacable y decidido a no rendirse, ejecutó a todos aquellos nobles que estaban a favor de negociar con los españoles. Los mexicas se hicieron fuertes tras sus muros y bloquearon los accesos por vías y puentes… Cuando finalmente los españoles se lanzaron al ataque por agua y tierra, la lucha encarnizada se libró casa por casa, templo por templo, palacio por palacio sin dar tregua ni de un lado, ni de otro.

El trece de agosto del año 1521 los valerosos mexicas capitularon. Muchos aztecas huyeron de la ciudad antes de que el grueso de las fuerzas españolas entrará aniquilando a sus habitantes y robando todo

lo que encontraban a su paso, en un acto de venganza cruel y desenfreno, tratando de resarcir lo ocurrido durante la Noche Triste.

Tras la caída de la ciudad, Cortés capturó al ladino Cuauhtémoc y lo mandó torturar para obtener la ubicación del tesoro mexica… pero el capitán nunca consiguió doblegar su voluntad, ni obtener la ansiada llave del gran tesoro azteca…

Los españoles encontraron oro y otros grandes tesoros sí, pero nada comparable a las riquezas que los ojos de Cortés y sus capitanes habían visto Axayácatl. Sus esperanzas se tornaron nublas, cuando entendieron que Cuauhtémoc y los suyos se les habían adelantado.

Cuauhtémoc fue ahorcado más tarde, de orden del propio Cortés, aquel capitán venido de Castilla, con ansias de gloria y oro, que obtuvo únicamente a costa de sangre, sudor y hierro. Aquel Quetzalcóatl temible y vengador, que lloró por la sangre de sus amigos perdidos, que compartió pláticas y esperanzas con el gran Moctezuma y que no supo sino perder, la ciudad más grande y espléndida que el mundo había conocido hasta entonces.

Doña Marina andaba en cinta y poco después de la caída de la ciudad, el verdadero amor del capitán dio a luz a su hijo, Martín Cortés. El capitán les construyó una casa de piedra con guardia y criados en Coyoacán, muy cerca de donde alguna vez estuvo Tenochtitlán… Allí vivió doña Marina pocos años más, hasta que una epidemia de viruela que asoló la región acabó con su vida en el año 1529. No sin antes haber prestado un último servicio a su amante, durante la campaña de Honduras.

Cortés jamás se casó con Malintzin, jamás la convirtió en su esposa y sin embargo, fue su único y verdadero amor, lo cual, no le impidió reconocer a su hijo y posterior heredero; el hijo de dos mundos y uno de los primeros de aquella una nueva raza, que estaban por venir hasta convertirse en los verdaderos herederos de Nueva España.

EPÍLOGO

Gómara (Soria) España, 1565

Había cantado el gallo y la luz del nuevo día penetraba gris y fría por la enrejada ventana de la gran casona señorial…

Pedro veía débil y difuminado el semblante de su decrépito tío… Éste estaba como ausente, parecía cegado por sus visiones y recuerdos… sólo tenía una débil chispa en los ojos, que avisaba de que aún estaba despierto.

- Quetzalcóatl-Cortés seguiría luchando y conquistando – Continuó narrando el viejo capellán, ahora con la voz en un tono más bajo y cansado -, años de guerras, de heroicas gestas y épicas derrotas aún le aguardaban, si no era la guerra y morir muy lejos de aquella tierra a la que aprendió a amar y en la que dejó su descendencia, aquel mar verde incógnito, repleto de sueños y tesoros, de gentes enigmáticas y altivas, sabedoras de sus secretos.
- ¿No pudo regresar en el final de sus días?
- No… no lo hizo, despreciado y pobre, quiso regresar con su último aliento tras la derrota africana, de la que ya nunca se recuperó, quiso volver con su verdadero amor…, pero la muerte le encontró antes.
- ¿Acaso su alma si lo hizo tal vez? Quizás sí regresó…
- Quizás lo hiciera… como el alma libre del Quetzal, como el espíritu del fiero jaguar que habita en las insondables y sombrías profundidades de la selva. Aquella tierra a la que Quetzalcóatl-Cortés quiso regresar antes de morir olvidado y despreciado, pero a la que solamente pudo retornar después de muerto, se fundió con él, para siempre y ambos fueron uno, en su leyenda…

Y diciendo estas últimas palabras… Pedro notó como su anciano tío había caído en el profundo sopor del sueño… puso sobre él una manta y trató de azuzar un poco la lumbre de la chimenea… Fuera, se escuchaba como el gélido viento azuzaba la meseta castellana…

Aquel día, aún no sería…, pero el joven escribano estaba seguro de que su tío, no tardaría en viajar al más allá en compañía de su gran amigo, el capitán Cortés. Donde quizás ambos, una vez más, iniciarían alguna peligrosa aventura de exploración y descubrimiento, única empresa, en las que las almas fieras y valerosas son realmente felices.

Descubre otras novelas y más sobre TOLMARHER en:

- ✓ Web oficial con todas las novelas:
  https://tolmarher.com
- ✓ Canal Telegram:
  https://t.me/Canal_Tolmarher
- ✓ Canal YouTube:
  https://www.youtube.com/c/Tolmarher